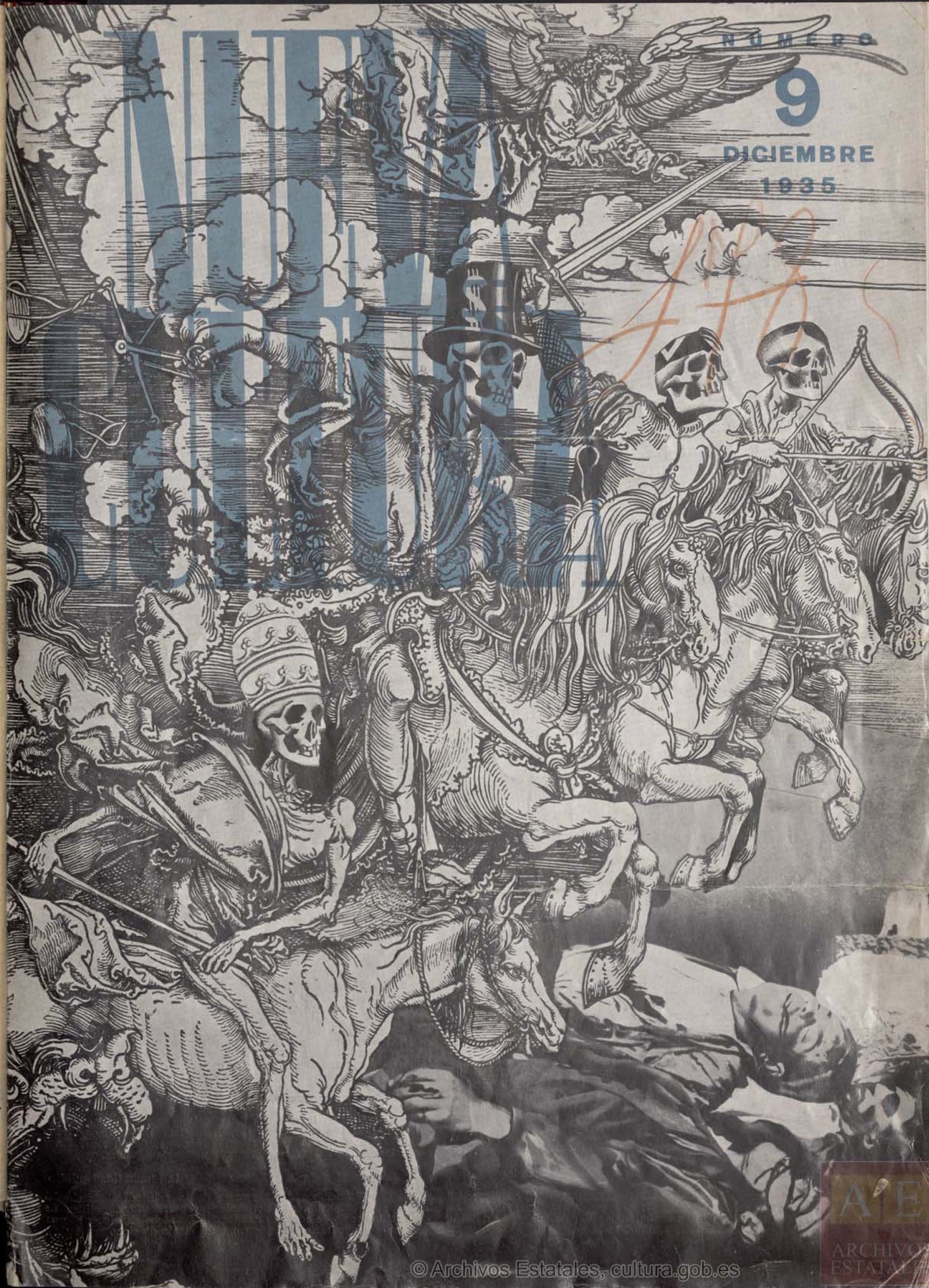


NÚMERO

9

DICIEMBRE

1935



EDITORIAL: Los intelectuales españoles en esta hora.
 JOSE DE BENITO: Políticos e intelectuales.
 JUAN GIL-ALBERT: Palabras actuales a los poetas.
 EUSEBIO G. LUENGO: Pen-Club.
 JUAN RENAÚ: Fernando Vela o la concepción democrático-aristocrática de la Historia.
 TESTIGOS NEGROS DE NUESTROS TIEMPOS: El «hombre anuncio» o la consciencia «berroqueña» de Fray Cangrejo Marañón, por José Renau.

El viejo inspector de la vida (cuento soviético).

AMERICA: El Congreso de Escritores Revolucionarios de Nueva York, por Emili Nadal.—Un llamamiento de los artistas norteamericanos.

DE CARA AL SOL LLEVANT: Cop d'ull sobre una minoría nacional.—La República de les Lletres.—Una táctica colonial.

CRITICA DE LIBROS: Andrés Malraux: «Le temps du mépris», por Antonio Blanca.—César M. Arconada: «Vivimos en una noche oscura», por Antonio Olivares.

NOTAS: Mussolini no es Italia (entreviú con H. G. Wells y G. Bernard Shaw).—Ante el Congreso de la U. F. E. H.—En el XXV aniversario de la muerte de Tolstoi.

EDITORIAL

LOS INTELLECTUALES ESPAÑOLES EN ESTA HORA

Estamos viviendo los azares y los problemas de una hora llena de futuros destinos, una hora grave y difícil que puede sonar en este recodo de la Historia en que nos hallamos, con sombría pesadumbre de marcha fúnebre o con abierta y alegre llamada de victoria. Un síntoma, el más interesante para nuestra labor, del pulso dolorido y fecundo de esta hora transeúnte que pasa fugaz por los aires podridos, rasgados y trágicos de la España post-octubrista, es el trasiego, más o menos silencioso, el rebullir más o menos inquieto de nuestros intelectuales. Varias son las causas y fenómenos que actúan en ello. Unos más generales y mediatos se refieren a caracteres permanentes de nuestra época. Otros, se derivan de circunstancias más específicamente nacionales, actúan de un modo más inmediato, contienen una referencia más particular a la política española de estos últimos tiempos.

Entre los primeros cabe señalar, a nuestro juicio, cuatro principales.

Las victorias del socialismo en Rusia

El triunfo cada vez más voluminoso y evidente de la Unión Soviética, es el primero de ellos. No sólo en el terreno de la economía; en el crecimiento, desarrollo y dirección de las fuerzas materiales del Estado, triunfo importantísimo porque la Historia la deciden en primer término las potencias reales de la vida, de la riqueza y del poder, sino también en el terreno específico de la cultura, contrastando en su magna experiencia la «cientificidad» del socialismo; mostrando la posibilidad real, histórica, de libertar al hombre de su servidumbre a las cosas; dándole una perspectiva infinita de desarrollo; colocando las bases de un verdadero humanismo. El hombre es el verdadero protagonista del socialismo, y en último término, el socialismo tiene como objetivo final el hombre, ha dicho recientemente Manuilski, resumiendo el significado de los últimos acontecimientos de la U. R. S. S. En estas palabras del político ruso está condensado el sentido más profundo y de más largo alcance de la política del Estado soviético, que da al traste con todas las hipótesis «defensas de la civilización contra el peligro comunista» y cuyo éxito influye cada vez más poderosamente en la posición de los intelectuales frente a la realidad y a los problemas de la época.

La política del nacionalsocialismo alemán

En segundo lugar, la política torpe, feroz y sectaria del hitlerismo, que supedita a un dogma nacionalista, simple y anticientífico los libres, complejas y universales inspiraciones de la cultura; imponiendo a la ciencia del tercer Reich como un axioma fundamental el mito primitivo de la superioridad incontestable de la raza aria; persiguiendo de un modo implacable a los intelectuales de su país, ya por no ser almas dóciles que declinen la nueva confesión del «führer» divinizado, lo que ha provocado la oposición al régimen de hombres de la jerarquía espiritual de Tomas Mann; ya simplemente por ser de raza judía como, en el caso salvaje de Einstein, el genial físico cuya cabeza tuvo un precio en la bolsa de aquellos mercaderes políticos.

La invasión de Abisinia por el fascismo italiano

En tercer lugar, la guerra de Abisinia, en que ha desembocado la política del fascismo italiano, que ha puesto al desnudo su impotencia para resolver los problemas agobiantes de nuestro tiempo, mostrando con un brutal cinismo el destino esencial de su entraña reaccionaria: la guerra. La guerra que en las condiciones de nuestra época se previene terrible y destructora, aparece en las declaraciones y en los actos del «duce» como la inspiración última y radical del Estado fascista. Pero, tras la dolorosa y trágica experiencia de la última colisión europea es ya clara certidumbre en la conciencia de la mayoría de los intelectuales que una guerra no puede dar hoy vencedores y vencidos, porque forzosamente ha de hundir a todos en la misma catástrofe económica y en el mismo oprobio moral. Si la victoria, en una guerra contemporánea no constituye «un buen negocio» para la economía nacional, como ha demostrado irrefutablemente Keynes, aunque lo sea para una minoría de financieros; la conquista de un territorio o el vencimiento de otros Estados no constituye ciertamente una empresa de gran elevación espiritual. Las palabras de Marx: «No puede ser libre una nación que oprime a otra», se han hecho en las circunstancias de nuestro mundo carne y sangre de la realidad histórica.

El Congreso de defensa de la Cultura

Y por último, la celebración en París de un Congreso internacional de la Cultura, en que ante los gravísimos peligros que entraña la situación presente para la cultura, en que la ola de barbarie y de reacción que cubre y ahoga como una negra marea las mejores y más libres inspiraciones del pensamiento y de la conducta, evocando las fuerzas más negativas y tenebrosas de la Edad Media y ante la inminencia de una nueva guerra que amenaza interrumpir y frustrar la continuidad de la cultura occidental en sus más puras, profundas y fundamentales corrientes: la ciencia libre, la cristiana espiritualidad, el humanismo; ha congregado a cuantos espíritus de fina sensibilidad, artistas, escritores, pensadores, poetas... comprenden la enorme responsabilidad que nuestra época les endosa. Malraux, Gide, Huxley, Ehrebourg, Langevin, han discutido gravemente en medio de una Europa confusa, terrible, embriagada de terror y de odio, sobre los problemas de la inteligencia, del espíritu y de la vida y han llegado a una conclusión: la cultura está ante gravísimo peligro y hay que defenderla. Esta es la suprema consigna del momento presente para todo intelectual ante la política del fascismo que ha desatado sobre Europa las fuerzas del mal, los instintos más irracionales, más anticulturales del animal humano.

Los factores nacionales

Dentro de la influencia que estos cuatro grandes fenómenos de nuestro tiempo han ejercido sobre la posición de nuestros intelectuales ante los problemas de la realidad nacional, a veces de un modo directo, como por ejemplo en los comentarios al Congreso de Defensa de la Cultura y en la bella y profunda contestación de Bergamín a la carta abierta de A. Serrano Plaja; o en la prisión, libertad y gloria del inteligente, fino, sutil y enérgico escritor Antonio Espina; han obrado de una forma más inmediata y concreta hechos y circunstancias de la política nacional.

La huella de Octubre

Ante todo ese aliento de grandeza que viene del octubre revolucionario, el heroísmo épico, la generosidad humana, el éxito y el sacrificio de aquellas gentes del pueblo que se levantaron contra la sordida y oscura maquinación de encerrar a su patria en una inmensa cárcel, han impreso su huella perdurable en lo hondo del ánimo de los españoles y han llegado a conmover la fría inteligencia de algunos intelectuales, haciéndoles sensibles en el tremendo drama de aquella sangre, el calor y la elevación de las grandes causas humanas, históricas.

La anti-justicia y el anti-humanismo de la reacción

Y en íntima relación con ello, como la otra cara de esa medalla fundida en los fragorosos combates de octubre, la anti-justicia y el anti-humanismo de la reacción. La conducta del Estado español agonizante y de sus fuerzas mercenarias ha sido tan cruel, tan desmesurada, tan espantosa, que ha iluminado violentamente muchas inteligencias mostrándoles abiertamente de qué lado de la barricada está la salvación del hombre hispánico. No son sólo las atrocidades de Asturias denunciadas en el Parlamento y garantizadas por hombre de tan elevada y escrupulosa conciencia como don Fernando de los Ríos; sino el gesto sañudo, enconado, rabioso con que se ha «administrado justicia». La persecución torpe, zafia y sin el más mínimo escrúpulo legal llevada a cabo contra tan eminente artesano de las letras españolas y hombre público don Manuel Azaña y la monstruosidad jurídica del «caso Sirval» son dos exponentes —¡hay tantos!— de la absoluta carencia de espíritu justiciero en la reacción y en el fascismo españoles. Ambos exponentes han suscitado sendos manifiestos, el uno firmado por una larguísima lista de los más eminentes hombres de ciencias, de letras y de artes españoles, en defensa del ilustre español; el otro en protesta del impunismo con que ha sido sancionada la muerte alevosa del joven periodista inocente y honesto firmada por quienes como Miguel de Unamuno, a la autoridad de su figura unia en este caso la que le daban sus últimas benevolencias para la situación «radical-agraria-popular».

La pequeñez de la política actual y la inmoralidad pública

Y por último, ese digno remate de la política minúscula del bloque gubernamental, sin horizontes ni perspectivas, política de viejo estilo propio de caciques rurales, sin grandeza alguna creadora: todo esa serie de «affaires» que como un oleaje de cieno brota cada

día del fondo de estos años y meses en que fué condenada al silencio la voz acusadora del pueblo bajo el pretexto de la salvación nacional y que ha puesto al desnudo la turbia intimidación, el bajo estilo ético de toda esa gente pública que no cesa de hablarnos de sus sacrificios por la patria. El contraste entre los hombres del pueblo que, inspirados por un ideal de renovación histórica se subleva arrojando el peligro y la muerte y los gobernantes que desencadenan contra aquéllos todas las fuerzas del Estado, toda la rabia de sus insultos, tanchando a aquellos limpios héroes de la libertad popular de criminales, ladrones y facinerosos, mientras por la espalda echan en el silencio las redes de sus granjerías donde queda prendida la riqueza pública extraída del trabajo y del dolor del pueblo, es tan rotundo que ha sublevado incluso a quienes hasta hoy vivían en una gris y apacible neutralidad. El último manifiesto firmado por intelectuales no sólo de izquierda, sino también por quienes como Unamuno o Bergamín no pueden ser así calificados, y en donde se afirma no quedar satisfecho cumplidamente el deseo y derecho popular de justicia contra los políticos inmorales, acusando a la C. E. D. A. más o menos veladamente de maniobrar sin escrúpulos para salvar a Salazar Alonso es otro claro síntoma del desplazamiento y viraje que se produce en nuestros medios intelectuales, a consecuencia de los fenómenos de la vida pública española que hemos señalado.

La lucha está planteada en torno al hombre y su destino

Todas estas causas y hechos que hemos apuntado sumariamente influyen y demuestran el corrimiento que se nota en los terrenos de la intelectualidad española, y señalan su sentido y dirección. En efecto, los intelectuales españoles se van definiendo cada vez más claramente, van despejando la frontera que los divide, limita y enfrenta. Por un lado, las jóvenes generaciones empiezan a situarse en una posición reflexiva, consciente, objetiva, independiente respecto de sus progenitores; empiezan a hacer la crítica de los maestros acatados hasta hoy espontánea y sumisamente, y a destacar su perfil revolucionario. Es un rasgo significativo la serie de críticas que en estos últimos tiempos vienen apareciendo, y en donde la nueva inteligencia incipiente intenta liquidar sus cuentas cerrando un balance de conciencia con quienes han forjado su espiritualidad. Las críticas de Unamuno han forjado su espiritualidad; las críticas de Unamuno, de la generación del 98 (Baroja, Azorín, Maeztu...), de Ortega y Gasset, menudean en los nuevos medios intelectuales. Y en dialéctica relación con esto, «los viejos», los consagrados se dividen también, se reagrupan. Asistimos en nuestros días a una polarización creciente de los hombres de la cultura, de la ciencia y del arte en el mundo y en España. Ya en torno de la defensa de la cultura, amenazada seriamente por el movimiento fascista que ataca las bases más esenciales de la conciencia occidental y exalta el mito sangriento y destructor de la guerra; ya en torno de la defensa y de la conservación de los más groseros, materiales y entorpecedores intereses: gran propiedad ociosa y degenerada, Iglesia autoritaria, inquisitorial, castas y jerarquías militares... En una palabra, la lucha está planteada en torno al hombre y su destino. O logramos salvar su vida y su libertad como bases primarias de la cultura, derrotando las fuerzas negras del fascismo, o el triunfo de éste hundirá la nación en una etapa de fanatismo, de masas embriagadas, de corrupción, de terror, de aniquilamiento de la libertad espiritual, que habrá de conducir al final escondido en su criminal voluntad: la guerra y la muerte en pos de un pretendido Imperio anti-histórico, monstruoso e inhumano, absurdo e imposible.

Nuestros deberes actuales

El viraje más o menos acentuado que se opera en los intelectuales españoles, demuestra que todas las experiencias que hemos reseñado, obran con su resplandor vivísimo en la conciencia de éstos, inclinándoles hacia la causa del progreso histórico. La hora presente exige de todos nosotros que sabemos todo lo que se juega en estos años decisivos, y que ya hemos encontrado el camino de salvación, una tensión máxima de nuestras energías y de nuestros esfuerzos. Es preciso salvar al hombre como ser de cultura. «Queremos —decíamos en nuestras hojas primogénitas— que nuestras páginas se abran hasta la más amplia inspiración humana. En la obra, de NUEVA CULTURA, que ha de recoger, salvándola, toda noble herencia histórica, esperamos y deseamos la compañía de cuanto suponga una fuerza viva y fecunda. Todo lo que signifique una lucha contra la reacción del fascismo que niega al hombre con una filosofía de guerra y muerte, puede y debe estar con nosotros.» Pero, hoy que las nuevas circunstancias y el nuevo ánimo de los hombres de la cultura española abren ante nosotros una amplia perspectiva de trabajo y eficacia, no podemos limitarnos a repetirlo. Es preciso que pongamos toda nuestra voluntad en lograr que todo este ambiente difuso y disperso que late en los intelectuales españoles se precipite orgánicamente en un Comité de Vigilancia parejo al de París, que sea permanente centinela de la Cultura y de la Paz ante el peligro creciente del fascismo y la guerra. Hay en España quienes por su autoridad y prestigio deben ponerse en su dirección. Nosotros esperamos que a ello se vaya prontamente, por quienes pueden y deben hacerlo. Nosotros hacemos pública nuestra más fervorosa, absoluta y sincera entrega a esta apremiante labor. Nueva CULTURA inicia una nueva etapa de su existencia con la promesa —que ya en este mismo número empieza a ser realidad de concentrar más aún su atención en los problemas de la lucha ideológica contra el fascismo, y de la organización de los intelectuales. En torno a un Comité nacional de Vigilancia que abarque con la mayor amplitud a cuantos crean que deben defender la Paz y la Cultura españolas como parte de la Paz y de la Cultura universales, del fascismo y de la guerra. Nuestras páginas están abiertas —para esta labor de desarrollo y fundamentación de cuanto en estas líneas queda por fuerza de la brevedad esbozado un tanto dogmáticamente— a todos los intelectuales liberales, demócratas, socialistas, anarquistas... quienes deben considerarlas como suyas.

NUEVA CULTURA quiere contribuir así a la lucha por una cultura, una política y una historia de viva comunión con el pueblo.

Con ocasión del mitin pro Sirval, celebrado en la plaza de Toros de Valencia, don José de Benito, joven e ilustre catedrático de Derecho y figura destacada de Izquierda Republicana, pronunció un discurso de gran finura e inteligencia. Interesados por sus alusiones a ciertos intelectuales, le rogamos nos diese algo sobre este tema para NUEVA CULTURA. El señor De Benito nos ha enviado, contestando a nuestro requerimiento, las sugestivas cuartillas que publicamos a continuación. Como el señor De Benito nos ruega que indiquemos expresamente que esta colaboración suya no supone ninguna confusión política, nos vemos obligados, al tiempo de agradecerle su valiosa y gentil colaboración, a reiterar nuevamente y en forma categórica, que NUEVA CULTURA debe y quiere realizar la más amplia inteligencia antifascista. Esta es su única finalidad y su única limitación. Nuestras páginas gozan de la más absoluta independencia con respecto a cualquiera mediatización de carácter estrictamente político.

(N. de la R.)

En el afán jerarquizante de los exclusivistas de la inteligencia o intelectuales «puros», señalan éstos con desdén más aparente que real, enmarcándolos en una categoría estrecha y forzada, a los que ellos denominan «políticos». Con este simple hecho pretenden incompatibilizar, por lo visto, la inteligencia con la política —igual hicieron los monarcas —o más exactamente, el ejercicio de la inteligencia, con el de la Política.

Cómo se ha ido forjando esta torre de marfil de los intelectuales, no está de menos recordarlo.

El año 1930, pareció salir de su profundo letargo que hasta entonces les había permitido asistir, como «espectadores», al drama que «vivíamos» los españoles. No hay que olvidarse de que en el espectáculo teatral, como en el de la tragedia política, caben tres posiciones: espectador, actor y director. Cómoda la primera; oscura, salvo excepciones, la segunda, y preeminente la tercera. O dicho de otro modo: neutrales, combatientes y estados mayores. Y todo cabría suponerlo en la marcha y desarrollo de un drama o de un combate, menos que el espectador o neutral, saltase en el momento del desenlace a erigirse en director de los vencedores, diciendo en tal momento que se ponía «al servicio de lo que constituía el ideal de los combatientes». Y unos enarbolaron su estandarte al servicio de la República, y otros al servicio del socialismo. Estos lograron actas y puestos; aquéllos, puestos y actas. Al grito dado en Segovia de «¡Eh! ¡Las provincias en pie!», el núcleo de intelectuales puros se encaramó, descendiendo de sus altas cumbres —valga la paradoja— y favoreció a los españoles con sus luminosas orientaciones.

Todos ellos, a buen paso, entraron en el ruedo ibérico. Unamuno, del brazo, sin embargo, de José María, como él llama a Gil Robles, a pesar de prometer al pueblo congregado en la Plaza Mayor de su Salamanca, la renuncia del acta, manchada por los procedimientos de los agrarios y populistas. Ortega, con mayor elegancia, clamando por un perfil más alegre de la República. Pérez de Ayala, elegancia suprema, luciendo en Buckingham Palace una librea diplomática de calzón corto. Y fiel reflejo de sus mentores, los discípulos predilectos, mientras murmuraban de los pobres políticos a quienes despreciaban, llegaban en su sacrificio a solicitar y obtener puestos directivos en el Gobierno del país, como hemos dicho: unos al servicio de la República y otros, Ad majorem República Gloriam.

Con nada o con muy poco estuvieron conformes durante los gobiernos republicanosocialistas. Pero llegó 1933 y el cambio de política se reflejó en la inmediata conformidad de aquellos intelectuales puros. A la crítica acerba, sucedió el silencio otorgador. Por lo visto, la «alegría» era equivalente a la «euforia». José María, era ministro de la Guerra cuando se nombró a su antiguo compañero de diputación por Salamanca, «Ciudadano de honor» —de honor a «su» palabra dada en «su» Salamanca—. La Comisión gestora que se sienta en el Ayuntamiento de Madrid, otorga a José Ortega la primera medalla de la Ciudad. Allí entre las brumas londinenses, sigue cobijado A. M. D. G., el primer embajador que nombró la República. Y cuando vuelve a asomarse a la prensa tras prolongado silencio Ortega y Gasset, le vemos lleno de indignación por lo que está ocurriendo. «Hay que meter en la cárcel... a Ricardo Calvo.» ¡Habíamos creído por un momento que pensaba en España! Su pensamiento era cercano, pero se quedaba en espectador del Español, que asiste a la tradicional representación de «Don Juan Tenorio».

Algo hemos de aprender de tan puros maestros. Su afán jerarquizante. Y nosotros, los políticos, los impuros, no hemos de permitir que vuelvan de nuevo, para mancharse con nuestro contacto, los que en estos dos años han sabido prestar su silencio —acaso por la altura de su sitio— «al servicio de la reacción».

JOSE DE BENITO

Simultáneamente y en tiempo de guerra, dentro de un horizonte negro de amenazas, aparecen en España dos revistas de poesía. No dos revistas más. Traen su manifiesto o declaración de propósitos, y fijan las normas temáticas y formales de sus respectivas escuelas poéticas. Son los «puros» y los «impuros» de la poesía.

Ocupémonos brevemente de los primeros. Por su órgano pristino, «Nueva Poesía», dicen ir «hacia lo puro de la poesía, entendiendo por puro lo limpio, lo acendrado», y añaden: «Rechazamos lo impuro en el sentido de caótico, de confuso», lo que entraña la condenación de esa otra especie de la lírica acogida a la mayor holgura de «Caballo verde», a quien los puros sitúan como tendencia, en la postrera agonía del surrealismo. Dejémosles el que lleven quiza en ello la razón, y declaremos por nuestra parte el horror humano y el desinterés estético que origina en nosotros esa «pureza» exenta de sangre y puesta en pie con el apoyo de las más inhumanas mutilaciones. Poesía «maestra», su caduco espíritu conduce a los academicismos fríos, que no dudo puedan esculpir los más perfectos témpanos. No busquemos en ella la voz áspera, tormentosa, compleja ni doliente de la época. El poeta ha dejado de ser ese pleno índice vibratorio que no falla. Huir de lo caótico es hoy, más que nunca, huir de lo vivo como formas reales de la agresividad, esto aparte de que el poeta que pudiéramos llamar congénito, no huye, sino que, por el contrario, se adelanta, se centra a todo clamor. De aquí que al anuncio del «Caballo verde», hayamos esperado esas necesarias palabras que la confusión de los tiempos hacía cada vez más apremiantes. Si de momento nos defraudaron dejándonos estacionados en la contemplación táctil de tanta belleza material como sugieren, un latido profundo de humanidad que en ellas reside, un interés intensivo por las cosas que se tocan y que huelen, salvan en cierto modo el valor de esta obra, no como obra de arte en sí, sino como producto de un tiempo preciso y expresión de una sensibilidad histórica.

Veamos la declaración de «Caballo Verde» a través de las palabras sudadas de experiencia, impuras, pues, de Pablo Neruda. «Es muy conveniente —nos dicen— en ciertas horas del día o de la noche, observar los objetos en descanso: las ruedas que han recorrido largas, polvorientas distancias, soportando grandes cargas vegetales o minerales; los sacos de las carbonerías, los barriles, las cestas, los mangos y asas de los instrumentos del carpintero. De ellos se desprende el contacto del hombre y de la tierra como una lección para el torturado poeta lírico». Estas sencillas palabras nos bastan. ¡Hay en ellas tal cúmulo de revelaciones! ¡Son de tal manera expresivas en su aparente intrascendencia! Por de pronto, —y no deberemos ya olvidarlo— he aquí lo que sea como hombre, un poeta lírico: es un ser torturado. Un ser que hace mucho tiempo ya que no canta. Ni la exaltación de las cosas, ni los hechos de una humanidad creadora en movimiento, son temas, para el poeta de soterrados efluvios. ¿Cómo exaltar las cosas que han ido gastándose lentamente sin una finalidad ya nuestra, quedándose apagadas, sin repercusión directa en nuestros centros pasionales, y cómo cantar los sucesos externos de una humanidad negociadora y gris, que ni siquiera impresiona al artista como forma visible de vida cotidiana?

El poeta, hace ya mucho tiempo que dejó de ser hombre social, porque, sensibilidad dominante como es, la repugnancia y hasta la incompreensión de ese mezquino mundo burgués en el que vive —material más asequible al novelista y al dramaturgo— le instan de una manera agudísima a encontrar otras zonas no desubstanciadas, no falseadas por la maraña de los intereses reinantes, y en las que el manantial embrollado de su pecho —lo que era en los orígenes un instintivo deseo de canto— brote espontáneamente al contacto de una realidad provocadora. Esa realidad no consistirá para el poeta —salvo escasas excep-

ciones— en la forma de vida burguesa y en las relaciones humanas que de ella se desprenden, sino que, recogido sobre sí mismo y extraordinariamente tenso para cuanto intuye aún de valores naturales o recónditos, habla medio sumido en una inmediata realidad cósmica enriquecida de tactos y de fulgores.

Esta ha sido en los últimos tiempos la posición de los más intensos, de aquellos cuya vena poética ha dado un mayor número de insospechadas palpitaciones. Lo que conviene apuntar de ellos, es que estos hombres de nervios sutiles no se han ceñido unas alas invisibles, para en definitiva abandonar los fangosos umbrales de la tierra, sino que, postrados en ella, le adhieren con avidez de solitarios sus cinco sentidos. En el fondo el problema es ese, la soledad, y no olvidemos para el momento de juzgarles como a hombres, que en esa soledad se han nutrido, soledad burguesa en fin, de maravillosos vacíos y de largas horas huecas. Es por eso que, aunque no han perdido su interés por lo humano, su deseo de convivencia, interés y deseo truncado por unas circunstancias sociales más bien anodinas que adversas, el regreso hacia los valores de humanidad, habrán de realizarlos en ese estático emocionado que supone «el observar profundamente los objetos en descanso», o sea, cuando los objetos están solos, cuando su compañero el hombre no los empuña, ha dejado de usarlos. Asistimos, pues, a la atracción de las cosas por ellas mismas —«la entrada en la profundidad de las cosas en un acto de arrebatado amor»— no como medios que la pericia de los hombres ha sabido crear y le sirven para tales o cuales fines, sino como receptáculos calientes de huellas que el paso humano embadurna y sensibiliza.

En ese sentido, el «Caballo Verde» no pone traba alguna a la posibilidad perceptiva de cualidades por el poeta; llega a hablar incluso de lo «oliente a orina», límite expresivo de la declaración en cuanto a impureza. Sin embargo, al afirmar que todo tiene en el poema su repercusión sensorial y magnífica, «sin excluir deliberadamente nada, sin aceptar deliberadamente nada», en ese no aceptar deliberadamente, descubrimos un foco de peligro que nos inquieta. En efecto, ya en el Congreso de escritores de París para defensa de la cultura, se oyó una voz de alarma. Luis Aragón, surrealista en su tiempo, para quien ese abrazo «de arrebatado amor» hacia las cosas ha servido de tránsito consecuente hacia las nuevas formas de la realidad, dirigía a sus antiguos compañeros de inspiración llamadas energéticas e imperiosas. ¿Hasta cuándo —venía a decirles— os estaréis contemplando las cosas en sí mismas? ¿Acaso ese cúmulo de tactos humanos que alegáis para ellas, no están en iguales proporciones en el hacha bárbara de los nazis, y en la verga policiaca de las S. A.?

Exactamente, y nadie podría hacer reproches al poeta que consiguiera enternecer con su aliento, humanizar por tanto, el gran reposo emocional de un aparato de torturas, o la gentileza de una muy última ametralladora. Existen, desde luego, quienes no están dispuestos a reprochárselo, pero entre ellos no hallamos incluso a los que suscriben la declaración de «Caballo Verde». Fijémonos más bien en la índole de los objetos que les atraen y les instan: las ruedas de los carros, los barriles, las cestas, los instrumentos del carpintero... No basta así dicho, y el peligro subsiste. Porque veamos, ¿no ha pasado ya el período de las obtusas desorientaciones y las angustias desoladas que trajera consigo el vacilante organismo burgués? ¿No hemos visto en estos últimos veinte años, cómo emergía del oriente europeo renovando el sol, ignoramos aún si las avanzadas de un mundo prodigioso, o la plenitud viva de cuánto la humanidad iba en el transcurso de los tiempos guardando en sus arcas de sensatez y belleza? ¿No sabemos ya con una certeza en crudo, inseparable de los hechos, una certeza —no verdad filosófica— que nos ha sacudido de manera directa, por vía poética podríamos decir, dónde se ocultan los germinadores de guerras, y de qué lado viven los

prosélitos de la paz? Y si asomamos los ojos a nuestro país, ¿la claridad no ha inundado también sus dominios hoscos? ¿No estallan como la luz los considerados tendenciosamente antipoéticos «hechos sociales»? Pues si todo esto tan patente y tremendo que viene sucediéndose existe, ¿por qué no aceptarlo, aun deliberadamente? ¿No hay algo ya, de humano y colectivo sobre la tierra, con que el poeta pueda identificarse, sin que tema por ello bastardear ese acto de arrebatado amor hacia la profundidad de las cosas? ¿Cómo poetas españoles, podríamos olvidar el eco que perdura de las palabras de nuestro Machado el recio, cuando nos dijo: «De cuanto se hace hoy en el mundo, lo más grande es el trabajo de Rusia, porque Rusia trabaja para emancipar al hombre, a todos los hombres de cuanto es servidumbre en el trabajo, y esto es lo único que merece cantarse en nuestros días, y acaso lo único que se puede cantar»? Cantar, eso mismo. Porque parece ser que en una parte de la tierra se canta de nuevo. Se está cantando de nuevo la epopeya humana. También en el congreso de París, se han asomado estos hombres a quienes les está permitido el privilegio sumo del canto a las amarilleantes candilejas de Occidente.

Allí Pasternak parecía traer un rumor de selvas roturadas y de mocedades. No divaguemos sin embargo: ellos cantan su mundo; nosotros no podemos cantar el nuestro. ¿Pero Whitman? Sí, no deberemos silenciar, hoy menos que nunca, al poderoso Whitman barbado y fluente como un río. Pero consideramos también que entonces, burguesía, industrialización, democracia, eran fuerzas cargadas de reservas, eran empujes generosos que desde las llanuras americanas expandían ese pulso mecánico de claridades sobre una Europa etiquetada y lacia. Whitman cantó, y de qué manera deliberada, ese gran mundo un tanto ambiguo de las libertades democráticas. Su erotismo de onda larga, se acoplaba al ritmo de creación extensiva de la sociedad que le rodeaba. En su obra queda toda la fruición, el pleno dominio, la magnífica tolerancia, e incluso —en virtud de representativa— las contradicciones irremediables del esplendor capitalista.

Otros han sido nuestros tiempos en declive, y otras formas descompuestas o en procesos fugitivos, nos abandonaban unas muecas de despedida con las cuales el poeta construía las evocaciones más ardientes, como si un despoblado universo callara en torno suyo. Pedirles otra tónica a su labor, sería desconocer la influencia con la que época y artista mutuamente se sellan. Ahora bien, la ausencia de ese valor sustantivo en el arte de la temporalidad —del tiempo actual, que gigantesco se mueve—, ¿a qué exigua vida no condenará tantas sinuosas interpretaciones, tales trozos de prendas tocadas con los sentidos más fértiles, si todo se para ahí, sin relación posible con lo que ya de característico, fundamenta la razón de obrar de nuestra época? Y si con ello queremos pasar, pasar no en vano, sino como participantes de su hora histórica, de esta hora nuestra de la que todos estamos recibiendo una impresión como excesiva, como de ciegos que repentinamente ven; si queremos, es a costa de habernos sorprendido con una alegría incomparable, la revelación de que el hambre, el hambre inmensa puede ser reparada.

Revelación fecunda para la poesía, como toda iluminación súbita que trastorna en la mente del poeta un anterior equilibrio de valores. Si, pues, la nueva épica o el canto entusiasta de los que acompañan al pueblo liberado en su ascensión unisona no es fácil a nuestros labios, porque todavía nos movemos en medio de la destrucción más insólita, y nuestras noches no son para el descanso, y pesan como los quintales de una humanidad, como nunca de reprimida y amordazada, la pugna que en nosotros se libra entre la voluntad de una parte que tiende a lo mejor, a ese entrevisto mundo que se acerca, y la sensibilidad de otra, hundida en el pasado y mojada de él, como una naturaleza, tratemos sinceramente de cosecharla ceñidos a las exigencias de nuestro tiempo, que no encubren —¡todo lo contrario!— depreciación, ni desvalorización, ni mengua de matices en los elementos constructivos de la obra poética. No olvidando tampoco que, al recoger profundamente lo temporal de nuestros días, conseguiremos nada menos que eso: permanecer en la memoria de los hombres.

JUAN GIL-ALBERT

PEN-CLUB

Eso de la convivencia de los escritores es una pamema. Sobre todo, si no se especifica para qué y quiénes y cómo. Todo importa sobremanera. Que los escritores se emborrachen periódica y conjuntamente nos trae sin cuidado, por muy comedidamente que lo hagan y aunque en ello pongan el gusto más cosmopolita.

Que la comunidad de escritores puede ser fecunda es obvio. Lo mismo que cualquier otra. Más nos explicaríamos, sin embargo, que los albañiles se reunieran mensualmente a llenar la andorga. Y que lo hicieran los escritores que no comen a diario. Pero los que son, esencialmente, escritores machorros, baldíos, capados, por mucho que se junten y se rejunten no lograrán más que estilizar la reverencia, el dengue y el discreto amadameado y de salón.

Creo que lo que precisan los escritores, más que restregarse entre sí, es carearlos de la pitanza, para que se la busquen, para que busquen la vida, a la cual el portero —¡oh, por Dios!, nada de ordinariéces— no deja pasar al banquete.

La literatura alquitara y destilada, de fraque, ante el té, sin descomponerse por el tumulto de la calle, que no trasciende con tanta alfombra y tanto corcho en las paredes, puede reunirse en salones donde previamente se ha hecho el vacío. Puede hablarse del devenir histórico sin sentir en herida y fulminante revelación qué es la historia ni quienes la hacen; del espíritu de la tragedia, de la que sus vidas y temperamentos están sideralmente lejanos; del problema social, sin percibir el estremecido y despeñado run-run humano, ni la solidaridad de troncos e insectos, la solidaridad de los hombres en el trabajo, la más líricamente hermosa revelación de todos los tiempos...

Hay un instinto, por el que un hombre ante otro mide la radical y sustantiva comunión humana entre ambos. Una adivinanza de niño que aprecia la firmeza de prójimo, de compañero. Se intuye, frente al hombre, qué resquicio ofrece para la colaboración fundamental. Lo menos que hoy puede exigirse es una primaria disposición para la obra de recreación del hombre. Lo que nos hace sentirnos en el mismo planeta. Estos escritores dan impresión fría y lejana. Quedan fuera de lo que, como humano, puede hoy aceptarse. El mismo hecho de reunirse como lo hacen declara su ruptura con toda colaboración. Es decir, se obtiene la paradoja de que, queriendo colaborar, se incapacitan para hacerlo en el plano en que hoy es posible. Porque el escritor no tiene tanto que colaborar con el otro escritor como con todos los demás que no lo son. Y su obra será tanto más fecunda cuanto más directamente se nutra en la tierra y el hombre.

Los grupos cerrados de escritores son monstruosos y anti-naturales. Se devoran a sí mismos. Acaban operando sobre la nada. Creen que la máxima amplitud consiste en que el cubierto cueste 15 pesetas en vez de 25. ¡Cuánto mejor sería, en todo caso, beberse un diez en cualquier tasca!

La gente de este Pen Club, ambigua, neutra, hermafrodita literario, dice a las claras su tono y fin, desplazado de cualquier preocupación viva. El tema arrastra a muchedumbre de ellos, que ni siquiera a modo de epígrafes precisa especificar, porque en su torno se ha proyectado ya suficiente claridad: misión del escritor, su función social, clases de escritores, destino y papel del intelectual... Esta gente está en la luna, en el mejor de los casos.

Apuntemos sólo esto: A tales escritores les ha llegado la literatura por modo apagado, teórico. Son escritos reflejos y no por riñones. No la han mamado en sus verdaderas fuentes. Igual que al niño en mal régimen escolar, se le enseña el libro y no la cosa, el mapa y no el río o la montaña de verdad.

Y esto otro: Son defraudadores y malversadores de la literatura, tan delincuentes como estos políticos ladrones del caudal público. El bien común de arte y belleza pretenden acapararlo. Son especuladores más peligrosos que los de las finanzas, son burócratas, son boticarios, son panaderos que quitan peso y lecheros que aguan la leche. Todo menos escribir. Debiera desterrarse a una isla —o a un limbo— de querubines y políticos malversadores y trapisondistas. Porque, aunque parezcan contrarios, sólo una política de latrocinio y ladronismo puede convivir con estos escritores desdeñosos, neutros. Esta pureza es la que permite y se aprovecha de aquella canalla.

EUSEBIO GARCIA LUENGO

NUEVA CULTURA

Se confecciona en los
Talleres Tipográficos de **IMPRESOS COSMOS**
Pintor S. Abril, núm. 38. Teléfono 17.990. Valencia

FERNANDO VELA O LA CONCEPCION DEMOCRATICO-ARISTOCRATICA DE LA SOCIEDAD

En el número correspondiente al pasado mes de agosto, publicó en la «Revista de Occidente», un artículo, o más bien ensayo, sobre la «Sociología de la crisis», cuyo autor, Fernando Vela, desarrolla sobre unas premisas sentadas por el sociólogo Karl Mannheim en su obra «Mensch und Gesellschaft im Zeitalter des Umbaus» (Hombres y sociedad en la época de la transformación).

Algo tardío es nuestro ensayo sobre los mismos problemas, tardío cronológicamente hablando, pero de cotidiana actualidad en el vértigo de nuestro tiempo, pues los temas tratados en ambos trabajos, viven dolorosa inquietud en la generación de post-guerra.

Antes de entrar en la crítica concreta de los puntos y argumentos fundamentales del artículo, no tendrá menor interés el analizar y clasificar el conjunto del edificio especulativo construido inteligentemente por Fernando Vela. Parécenos un tanto frío, y cerebral, «racional» y lógico por antihistórico o en otro caso a-histórico en cuanto opera, como idealista, con conceptos modelados fina y delicadamente en los laboratorios de toda una filosofía tradicional que jamás vió «hechos» (historia), sino ideas o conceptos formados fuera del proceso histórico, generador de la vida, desconociendo el tiempo y el espacio y conjugando «lógicamente» conceptos («racional» e «irracional») que adquieren, en el fluir del pensamiento escrito, la significación de verdaderas categorías lógicas. Insinuado ya esto, es más eficaz ceñirnos en nuestra crítica de divergencias profundas a los párrafos de más destacado y sabroso perfil del artículo por los que discurre la vena y médula teóricas del autor.

Comienza éste copiando y aceptando de Mannheim: La crisis a que se refiere el título no es la crisis económica ni la política, que padece la mayoría de los pueblos del mundo. Ni la una ni la otra son más que aspectos y manifestaciones concretas de una crisis general de la sociedad, a cuyo través se ha expresado ésta más pronto y con más evidencia, como la enfermedad lo hace por síntomas.»

Según esto, pues, existe algún estadio que no es el económico, en donde se verifica en primer término y decisivamente para «el mismo tejido social», una crisis profunda cuyos síntomas: decadencia de la cultura, ausencia de la facultad de creación, crisis económica (inflación, paro, superproducción, superpoblación, etc.), se reflejan como pura refracción física en lo político, en lo económico y aún en lo cultural.

¿De qué naturaleza es esta crisis, cuál es el estadio donde aparece y de qué manera mecánica o funcional se engrana en el sistema social, determinando formas tan concretas y materiales de manifestación? ¿Qué crisis general es ésta y en qué lugar hállase la llaga que todo lo contagia? Lo económico no se acepta, pues en todo caso: «Los sucesos económicos tienen hoy tal fuerza de penetración, que su significación primaria ha entrado rápidamente en la conciencia del hombre.» Acéptase aquí lo económico, no como factor decisivo y primordial en la jerarquía de valores causales, su importancia no estriba, en todo caso, que en la medida en que el hombre es consciente de su situación económica, y de factor determinante en substancia, pasa, según Vela, a puro accidente. No obstante y a pesar de todo lo afirmado, tal vez cediendo a la fuerza del hecho histórico, reconoce la tesis marxista cuando dice: «La época liberal de la concurrencia, en cambio, ofrece mayores posibilidades al desarrollo de la racionalidad substancial, a la formación de inteligencias independientes» y en unas líneas más abajo sigue diciendo: «Simplifica y facilita excesivamente Mannheim la cuestión cuando escribe, en el prólogo, como síntesis de su libro: «La última raíz de todos los conflictos en la presente época de transformación puede expresarse en una sencilla fórmula: la yuxtaposición, aún no supeditada, del viejo principio del «laissez-faire» y del nuevo principio de la regulación.» Así interpretado este hecho económico de la yuxtaposición, no puede ni debe en ningún momento considerarse como causa o raíz de «toda la inquietud y decadencia de nuestra época». Indudablemente, coexisten ambos principios, mas no agrupados en simple yuxtaposición, sino en continua y eliminadora contradicción, tratando el primero de sobreponerse al segundo y produciendo a la larga, a causa de su posición encontrada e inconciliable, y juntamente con otras contradicciones económicas e internas del sistema capitalista, vitalmente extinguido, esa crisis general como consecuencia y nunca como factor causal. En todo caso, hablaríamos de «transformación» y no de simple «yuxtaposición» incoherente del proceso económico, y este hecho de la yuxtaposición no es más que uno, quizá de los más importantes, de las continuas contradicciones que existen entre la concepción jurídica de la «propiedad privada» burguesa y la evolución del proceso incesante y avasallador de la producción. Extiéndese Vela en diversas consideraciones y queriendo profundizar más y más en el complejo del sistema social, añade: «La explicación no resulta ser la coexistencia de aquellos principios,

sino la irrupción de las masas en la vida social y pública de todo orden.»

Aquí trasládase lo simplemente mecánico como es el resultado ya consumado, de la distribución del hombre en grupos o clases en el sistema social y que para nosotros no es más que la consecuencia, en todo caso externa, en una etapa específica de un momento determinado de la evolución económica, a elemento substantivo en el orden causal. ¿Es acaso el nacimiento de la «masa», como tal, consecuencia de un régimen de producción? ¿Consecuencia de la etapa industrial o fabril de producción? O, transformando el efecto en causa, ¿es, al contrario, la masa, la que irrumpiendo en la sociedad (no se sabe cómo ni cuándo), produce ese desequilibrio económico? Opinamos, como dijimos, en un sentido opuesto, sin dejar de admitir dialécticamente, que lo que en algún tiempo fué consecuencia, adquiera en el incesante fluir de la historia el valor de causa a su vez.

Observa Vela en otro capítulo, que la sociedad ha estado integrada siempre por un elemento «racional» y otro «irracional» y que el primero (la élite) es el que gobierna al segundo. En primer lugar, esto está planteado a «priori», como un dogma biológico. En el complejo histórico no puede verse de un modo tan elemental como éste, porque esto equivaldría a demostrar cómo y bajo qué condiciones se forma la élite. El elemento irracional que constituye la mayor parte de la sociedad, ¿es irracional por deficiencia mental cualitativa? ¿O lo es por circunstancias históricas de privilegios que impiden el desarrollo amplio de las facultades intelectuales de la masa?

Lo primero sería inaceptable (recordemos las reacciones intelectuales de la masa griega, anónima, ante la representación de la tragedia), pues el mismo Vela, algunos capítulos más tarde nos dice, hablando de los efectos de la democratización general en la formación de la élite:

«1.º Una mayor afluencia de los hombres masa a los grupos selectos, y por tanto, un mayor número de éstos.» Como vemos, se admite la posibilidad absoluta de que en una transformación social determinada, el elemento irracional deje de serlo por el simple hecho de la democratización de la cultura. Y en cuanto al segundo problema planteado por nosotros, encontraría fácil solución cuando el hecho revolucionario transforme la distribución del hombre productor en la sociedad.

Siguiendo el hilo de su argumentación lógica (no histórica), Vela continúa desentrañando diversos matices del problema del «racionalismo» e «irracionalismo» y nos lleva al estudio de la situación en el sistema social del hombre medio: «El individuo medio, engranado en ésta, es miope para el conjunto, mientras los organizadores abarcan con la mirada el conjunto desde su puesto sumo y, en consecuencia, ocupan las posiciones-claves de la sociedad, que son cada vez menos numerosas y accesibles a menos individuos.» (1) Aunque esto, teóricamente, en el campo de la pura especulación se admitiese, ¿es la «masa» la que es dirigida y depende del organizador, o es el organizador, la élite, quien depende de la «masa»? Es indudable que para que el organizador triunfe o cumpla su función, precisa que haya una perfecta adecuación o adaptación entre el plan de organización imaginado y las «necesidades» y «deseos conscientes» de la propia masa. No es, pues, la «élite» o el organizador el que conduce según su voluntad, pues de antemano no tiene «más que un solo camino a seguir», elaborado pacientemente por el elemento irracional. Únicamente de un modo elemental podría, tal vez, aceptarse semejante concepción y precisamente aquí en este problema del camino a seguir por la élite (del intelectual, artista, poeta, etc...) se halla el fracaso y el hundimiento, oscuro y sin gloria de gran parte de los organizadores, en un sentido amplísimo, que viven y tratan de organizar nuestro momento.

En cuanto a esto último de la disminución incesante de las posiciones-claves de la sociedad, ¿llegaríamos, según Vela, siguiendo esta doble progresión, decreciente cuantitativamente y creciente cualitativamente, a un nuevo «culto apoteósico» a la romana o a un führer?

Siguiendo la trayectoria de la masa en su irrupción en la

(1) Sobre este mismo problema, Jorge Plejanov, en su obra «Las cuestiones fundamentales del marxismo», explica claramente a través de Marx y Engels la función social del «genio»: «La tesis inicial del materialismo dice que la Historia es hecha por los hombres». Y si ello es así, es claro que es hecha por los «grandes hombres». Engels dice en una de sus cartas: «Que semejantes hombres, se eleven en determinada época y en un país dado, constituye naturalmente un puro azar. Pero si nosotros los eliminásemos, haría falta quien les reemplazara, y éstos o éste sería finalmente encontrado. Es algo que queda demostrado por el hecho de que el hombre preciso, César, Augusto, Cromwell u otro, ha sido encontrado cada vez que fué necesario.»

sociedad de élite, llegamos a un momento en que el articulista, en un claro capítulo titulado «Democratización del cinismo político», trata de demostrar cómo el «cinismo de altura», el que se cultivaba como instrumento en las élites «organizadoras» y «directoras» de los Estados renacentistas, fué transferido a la masa: «La democratización actúa transportando el cinismo de las capas superiores a las inferiores, mas con esta diferencia: mientras el cinismo adoptaba en los antiguos grupos superiores formas sublimadas de ironía, complicación y disimulo, como fruto refinado de una alta cultura política, en las masas truécase en pura brutalidad que ni siquiera siente el escrúpulo de encubrirse.»

F. Vela no censura el «cinismo» como instrumento de gobierno, «mientras adopte formas sublimadas de ironía», le interesa la forma; la expresión cortesana y elevada tiene valor suficiente «en si» para eliminar la inmoralidad, amoralidad o depravación de la intención aviesa y como es natural, ese «cinismo elegante» trasplantado a las masas brutales, pierde elegancia, estética y altura, en cuanto se traduce en la revolución violenta. No hay que confundir tan lamentablemente esa moral de la fuerza en las clases refinadas por una «alta cultura política», con el empuje vitalizador de las masas que se mueven a impulsos de muy otros motivos. Hay que fijar más bien los resultados a que tiende ese «cinismo político» cuando son las masas o los grupos superiores los que lo encarnan y nos interesa señalar que si las masas se precipitan decisivamente al hecho «brutal» y violento de la revolución, es precisamente con el único objeto de destruir, de eliminar de la Historia, esa forma de cinismo culto y disimulado, expresión superficial y última de toda una conducta social de privilegios, pues el «cinismo de altura», en su consideración histórica, aparece en aquellas élites que observando y aprehendiendo los problemas fundamentales de los pueblos en su profunda raíz humana, trataron de soslayarlos, y entonces, en este momento exacto y crítico, emerge como de oscuro y morbosos caos moral esa mentalidad cínica «standardizada» mezcla de profunda inteligencia de las cosas y de menosprecio de lo cálidamente humano y justo. Y ante esta irrupción de las masas, Vela intenta buscar el origen del peligro de «masificación» de la sociedad, señalando con dedo acusador, dónde se encuentra el germen: «Mas aún hay algo peor: el hombre que llamaríamos con Ortega y Gasset «el hombre masa», sabe que puede tener en sus manos todas las técnicas —prensa, radio, etc.— de propaganda y dominación psíquica de las masas...» El error peligroso, hablando ya claramente, estuvo en que la burguesía selecta, pues de élites se trata, cometió la fatal equivocación de llevar la cultura al proletariado, al «hombre masa» y en cuanto éste con dicho instrumento espiritual, conoció, no obstante su «irracionalismo substancial», la significación y sentido anti-humano del «cinismo de altura», fué adquiriendo noticia de la artificial y aparente naturaleza de su irracionalismo y se dispone, desde luego, con violencia rigurosamente científica, a dirigir, por primera vez en la Historia, su propio destino. No es absolutamente nueva esta idea; ya antes, el pensador nacionalsocialista Spengler, en su libro «Años decisivos», dedica un capítulo a este mismo problema, con la salvedad de que son los «pueblos de color», los que protagonizando el papel de «masa» occidental, hanse asimilado a la perfección y con su dolor material, toda la técnica guerrera que la raza blanca descargó sobre las colonias para «llevarles» ¡cómo no! la «Cultura». Luego, refiriéndose a la existencia de la minoría, expone: «...al tocar el borde de esa época de planificación general: ¿Quién planifica a los planificadores? Estos tienen que ser reclutados entre los grupos sociales existentes y, en consecuencia, de la mentalidad, energía y capacidad de los elegidos o victoriosos depende el porvenir». ¿Es que fatalmente ha de ser necesaria la existencia de las minorías? Suponiendo por un momento que se acepte semejante tesis, planteamos así la cuestión: ¿Cuáles son las consecuencias para las mayorías de la existencia de esas minorías en los regímenes capitalistas y comunistas? Y prosiguiendo el mismo tema, Vela acepta esto otro: «Esos grupos, dice Mannheim, sólo existen hoy como pequeñas minorías. Pero también esta lucha, como todas las de la Historia, se decidirá por pequeñas minorías, pues las masas toman siempre aquella forma que les imprimen las minorías directoras...» No creemos que haya sido ésa la realidad. Es así, en cuanto se tiene en cuenta a la «ciudad privilegiada» o «la corte del monarca». Una visión más amplia y científica nos mostrará una fisonomía completamente distinta de la Historia. Es indudable que esa minoría directora puede influir profundamente en un momento determinado de la Historia, a la masa anónima, a la mayoría, pero toda organización formal supone un cuerpo con su contenido que la preexiste y sobre el que han de encajar como un molde para no caer en la falsedad, las directrices de esa organización formal, al ejemplo del guante que se adapta a la mano, pero ¿de dónde proceden las líneas directoras, como expresión externa de profundas calidades humanas?

Seguimos creyendo que el fenómeno se da a la inversa. No negamos que la pretendida minoría, por su tradición y patrimonio cultural elevado, vea mejor y más pronto que la mayoría los perfiles confusos de la hora, del momento, pero afirmamos que la generación o elaboración de esa hora y de ese momento le pertenece a la «gran masa» productora, al pueblo pro-

ductor. En un caso concreto de gran similitud, salvando la naturaleza del organizador, podemos verlo: no es Lope de Vega y otros los que transmiten su aliento a la masa española del siglo XVI; al contrario, Lope es el receptáculo en donde vierten sus venas, las más puras, sabrosas y fecundas savias del robusto árbol español y plasmando en su literatura este reseco paisaje ibérico, lo proyecta apasionadamente en la carne de la península hasta hallar la cópula, el entronque ardiente y sano con el espíritu popular del siglo XVI, que le había ofrendado ya antes la materia, temblorosa de vida, que informa su teatro.

Planteando ahora Vela el problema de la cultura y su decadencia, prosigue de este modo: «La crisis de la cultura dentro de la democracia liberal, explicase por el hecho de que el mismo proceso social que antes favorecía la formación de las élites, ahora, por virtud de la «masificación», de la democratización general, opera en el sentido opuesto, estorbándola.» Es precisamente lo contrario. El haber detenido el proceso democrático por miedo a la «masificación» —la obra del fascismo— ha provocado la parálisis cultural. La burguesía en las postreras horas de su función histórica, sabe muy bien que el proceso de la democratización o de la irrupción del «hombre masa», lleva inherente a la larga, la eliminación, como tales, de sus élites directoras, exhaustas ya de savia fecunda y ante este hecho de transferencia de valores al nuevo protagonista de los tiempos que se avecinan, al proletariado, se opera una reversión total en el sistema de convivencia, en el sentido de que el «racionalismo substancial» de las aristocracias burguesas, pierde su substancialidad pura, y por el instinto de conservación colectiva de clase, tórnase en «irracionalismo funcional» y su «nuevo» sueño, emancipador de la democratización, adquiere contornos irracionales en la gestación de la violencia organizada del estado o imperio fascista.

La posición de Vela dijimos que no nos parecía nueva, es quizá una de las formas pseudocientíficas más hábiles y «elevadas» de aceptar friamente, ante el fracaso, no de las masas, sino de las élites, en la interpretación y gobierno de la vida por su pulso presente, la dictadura fascista, la suprema posición-clave que ocupará, a través de una triste, grotesca y desesperada selección en o por la élite (aristocracia financiera o terrateniente), un «führer» o un «duce» cualquiera. Del ensayo de F. Vela, puede desprenderse un lamento tristísimo y amargo. Es la confesión de la esterilidad creadora de la burguesía como élite o sistema de élites (democratización de las minorías), en el arte, en la cultura, en el gobierno de los pueblos, suceso que antes que admitirlo históricamente, intenta transformarlo en otro completamente opuesto: en el nacimiento, desarrollo e irrupción del proletariado, del «hombre masa» en todas las zonas y aspectos de la vida social. Fernando Vela abandona la realidad histórica y marcha inciertamente con su interpretación aristocrática de la vida (elementos «racional» e «irracional») hacia un sombrío paisaje medieval. Es uno de los distintos caminos por los que indiferentemente muchos intelectuales llegan, desde la filosofía, ciencia y arte puros, a la aceptación, siempre «sublime» e «inmaculada», de la cruz svástica o de las fascas del lictor.

JUAN RENU

ANTE EL CONGRESO DE LA U. F. E. H.

La Unión Federal de Estudiantes Hispanos celebra en Madrid los días 15 al 21 del mes actual un Congreso extraordinario.

Desde su nacimiento, la U. F. E. H. ha venido a ser, sin pretenderlo, un reflejo vivo de la vida política española. Sin pretenderlo, porque su finalidad no era política, sino profesional. Pero política y profesión son dos realidades vivas y no metafísicas, y así había que entenderlo. La U. F. E. H. colaboró en la lucha nacional contra la Monarquía y en el levantamiento popular del 14 de Abril. Al hacerlo así, buscaba, de la única manera posible, una base mínima para levantar sobre más hondas y verdaderas raíces toda la cultura, toda la vida intelectual española.

Pero aquella protesta se perdió entre manos extrañas, que no sabían ni querían interpretarla. Cuando en Octubre de 1934 se buscaron, concreta y conscientemente ya, las nuevas formas de vida, enfrente no había una monarquía militar y aristocrática vencida de antemano, sino una fuerza organizada, la del fascismo. Octubre puso bien en claro las cosas. No es posible ya para los que no lo sabían, o no querían saberlo, ignorar lo que significa el ataque a los más elementales principios de respeto al hombre, que acentúa cada día el fascismo español. Los intelectuales han podido ver de qué manera y contra quién hay que defender la cultura.

NUEVA CULTURA ve en este Congreso algo suyo. Nos une a todos una misma esperanza; nos une también un mismo peligro. Unos y otros luchamos por la Cultura y la Paz. Unos y otros hemos visto en el fascismo la guerra y la destrucción de la cultura. Todos sentimos la angustia del peligro, y al mismo tiempo una fuerza inmensa, la fe en el porvenir del Hombre.

NUEVA CULTURA quiere remarcar la trascendencia de este Congreso, al que envía, con su adhesión, su entusiasmo mejor y más robusto.



EL "HOMBRE ANUNCIO"

O LA CONSCIENCIA "BERROQUEÑA" DE FRAY CANGREJO MARAÑÓN

(LOS TEXTOS UTILIZADOS, SON EXTRACTOS LITERALES DE OBRAS, CONFERENCIAS Y DISCURSOS DE MARAÑÓN.)

PREHISTORIA

«¿Adónde va España? He aquí la pregunta que, unos con angustia y otros —como yo— con el pecho dilatado de esperanza, se hacen todos los españoles actuales, QUE NO SEAN DE PIEDRA BERROQUEÑA. Y yo la he contestado desde mi rincón. No hace mucho, en efecto, expuse mi opinión, cada vez más firme en mí, de que las izquierdas españolas

tenían inexcusablemente, que orientarse hacia el socialismo. Pero no con el sentido superficial de una maniobra política impuesta por las circunstancias, sino con el profundo sentido de una comunidad de sentimientos. Esta declaración traía inevitablemente aparejada la disparidad radical con gran parte del republicanismo español, que estuvieron y están, para desgracia de todos, en la acera de enfrente del partido socialista.»

«...Pero la personalidad política del pueblo —añadimos nosotros—, no se logra con las medidas democráticas, como el voto y todos los demás mecanismos de incorporación del proletariado a la política clásica, incluso la más liberal. Sino merced a sus organizaciones, creadas y fortalecidas por la lucha de clases...»

«...Compárese la bochornosa entrega de la juventud universitaria italiana al fascismo con la noble y unánime rebeldía de los estudiantes españoles, que han escrito para su historia una efemérides que les honrará para siempre...»

«...Porque el hombre que al llegar a los cuarenta años (N. de la R.: Fray Cangrejo es mucho más viejo), no ha aprendido a aislar su pensamiento de la violencia del de los demás y a neutralizar con su razón la sinrazón de los otros, no sirva para nada

(Del prólogo al libro «¿A dónde va España?», de Marcelino Domingo.)

HISTORIA EN TRES JORNADAS: I. AMOR

«—Yo creo que lo más grave, lo más anárquico de lo que acontece hoy en España, es eso de que los estudiantes alboroten, destrocen el mobiliario de las aulas y conviertan éstas en campos de Agramante. Esto hay que cortarlo urgente y totalmente con mano dura.

Hay que disolver la F. U. E.

—¿Y cree usted fácil resolver este problema?

—Facilísimo. No hace falta más que energía y autoridad.»

(Interviú, Madrid, marzo de 1934.)

«...Y acabarían muriendo envenenados por esta inflamación del instinto de la libertad, si no surgiera automáticamente el ANTIDOTO ESPECIFICO, que es la DISCIPLINA, es decir, la vuelta al ritmo primitivo y ordenado, en el que el PROGRESO MOMENTANEAMENTE SE DETIENE, pero en el que se neutraliza el desorden y se incuba el progreso futuro.»

«...Un respeto a las leyes eternas de la eterna moral, y una resignación, si no estamos conformes, ante las leyes circunstanciales de los hombres.

Y una voluntad heroica para aceptar el dolor colectivo, inevitable, y aun si fuera preciso, para CREARLO, porque SOLO

EN ESTE CRISOL SE FORJAN LAS MAS ALTAS CUALIDADES HUMANAS.»

(Del discurso en la Asociación de Estudios Medicobiológicos, Madrid.)

(Hitler y Mussolini, a coro: ¡Muy bien!)



El Antidoto Específico que es la Disciplina.

II. CONVENIENCIA

«—La política ¿debe inclinarse a la derecha o a la izquierda?

—A la derecha, sin duda alguna. No hay cosa más antiliberal que eso que oímos a los elementos de izquierda: pedir que se disuelvan estas Cortes, por ser derechistas. Eso no puede ser; estas Cortes representan una voluntad nacional que todos tenemos la obligación de respetar. Los Gobiernos que se formen deben ser de inclinación a la derecha. Dentro de esas derechas, hay posibilidades.

—¿Qué le ha parecido la solución de la crisis? Salazar Alonso en Gobernación, Marraco en Hacienda...

—Sí; muy bien todo.»

(Interviú, Madrid, marzo de 1934.)



¡Felices tiempos aquellos!

«Los que, como yo, atribuyen una buena parte de las alegrías de la existencia a las grandes cantidades de naranja que consumen, deben aprovechar apresuradamente toda ocasión de hacer el elogio de esta admirable fruta cuyo prestigio se simboliza por el hecho de representar en el espíritu del pueblo lo mejor de la vida, es decir, la fusión del hombre y de la mujer, mitades de naranja que eternamente buscan su otra mitad y que consiguen, a veces, encontrarla.

...Una naranja de 150 gramos puede engendrar 75 calorías, tesoro escondido bajo el regalo incomparable de su piel, de su sabor. Con un pequeño suplemento de aceite, de pan y de vino,

se podría obtener una ración suficiente, capaz de alcanzar el límite de las 2.500 calorías necesarias para vivir y trabajar sin exceso.»

(Del folleto publicitario de la UNION NACIONAL DE EXPORTACION AGRICOLA.)



Los «incomprensivos»

«Los médicos de los hospitales somos los que tenemos una impresión más directa y dolorosa de los efectos nocivos del frío sobre la salud, porque el frío es salud para los que tienen casa caliente y comida; pero estrago para los que no poseen este mínimo de bienestar.

...El remedio, en suma, contra el frío, es éste: Casa caliente, poca ropa en la calle... Y PENSAR mucho en los que no pueden defenderse del frío.»

(Del folleto publicitario COMPAÑIA ROCA-RADIADORES.)



III. ...Y EUGENESIA

«Suscribo estas palabras de un fraile francés y de magnífico espíritu, el P. Verdier: «La Higiene científica, aplicada a gentes puras, provoca en nosotros legítimas inquietudes. En las cosas de la Moral, el cientifismo, lo sabemos por propia experiencia, es casi siempre funesto.» Si, añado yo: Es preferible correr el albur de una INICIACION ERRONEA, que someter el al-

ma del niño a la amputación de su inocencia, con palabras asépticas, pedantescas y por lo común, poco adecuadas.»



San José, símbolo de la nueva «virilidad» eugenésica de Fray Cangrejo

«El médico no debe, no puede aconsejar «los modos» de evitar el embarazo, sino limitarse a señalar la no conveniencia de éste para la vida de la madre y el hijo y para los intereses de la especie. Y el consejo es compatible con la más pura ortodoxia, porque se cumple, y del modo más seguro, por cierto, no con instrumentos ni maniobras, sino con UNA VIRTUD EXCELSA, QUE ES LA CASTIDAD.»

«Lo que pasa es que hay muchos fariseos que no son capaces de sacrificar virilmente su instinto.»

(De la conferencia en la Universidad de Verano, Santander, julio, 1935.)



(Montaje de José Renau)

EL VIEJO INSPECTOR DE LA VIDA

(DIBUJOS DE MANUELA BALLESTER)

En números anteriores, NUEVA CULTURA se ha ocupado del problema vital de las nacionalidades, de las minorías étnicas y culturales en la U. R. S. S. Hoy presentamos a nuestros lectores en forma literaria, esta narración verbal, que, siendo la más remota tradición, se transmite y transforma a través de las generaciones. Su autor, viejo juglar de la Kabarda Soviética, de 113 años de edad, relata a sus compañeros, reunidos bajo la cabaña, un episodio imaginario de la construcción del socialismo, emanación poética de la realidad local de transformación socialista. Los motivos ancestrales de la mitología local, conservando sus formas poéticas y narrativas, toman cuerpo y dejan paso a una nueva concepción cósmica y social. Si tenemos en cuenta que su autor contaba cerca de 100 años cuando el advenimiento del nuevo poder soviético, apreciaremos en justa medida hasta qué punto, después de 18 años de titánica lucha, han penetrado las nuevas formas de vida, de trabajo y de cultura, en la conciencia petrificada de pueblos elementales, que arrastraban intacta su barbarie milenaria en un sentido de inercia histórica.

Y además de esto, el hecho, capital para la cultura, de que el nuevo contenido social, lejos de destruir las formas típicas y nacionales del arte popular, las asimila y desarrolla. (N. del T.)

El anciano Tuta Temdachov era tan viejo, que la torre de su edad tocaba el cielo. El techo de la torre comenzaba a encallecerse, y Tuta Temdachov se perdía en la cuenta de sus años. A los viejos, la muerte nos da tres avisos. La primera vez, cuando el hombre sube a paso lento hacia la cumbre de su vida, le dice: «Bastante». La segunda vez, la muerte coge al anciano con sus huesudas manos, lo retiene así un momento y luego lo deja. Sólo a la tercera vez es cuando el anciano no puede ya escapar a la muerte. La leyenda dice que entre la primera y la tercera vez le queda al hombre un tiempo suficiente para permitirle cumplir todavía algo de provecho para su país.

Cuando por primera vez, la muerte dió su aviso a Temdachov, comprendió éste que su penúltima hora había sonado y que era preciso cumplir su última acción sobre la tierra.

A medianoche, su aoul natal veía ya las espaldas de Tuta Temdachov. Sin haberse despedido de nadie ni haber oído «¡buen viaje!» de nadie, Tuta abandonó a pie su aldea natal. Marchaba a lo largo de la carretera, de la nueva carretera pavimentada de su aoul, y al son de la canción que se canta en Naltchik el día en que vienen de visita los grandes jefes, cantaba con estas palabras:

«Sí, soy el viejo inspector de la calidad de la vida.
La muerte me llama,
Y voy a visitar toda la vida de nuestra Kabarda,
Para ver lo que pasa».

Setenta hectáreas de huerta bulleron sobre la cabeza de Tuta Temdachov, tan pronto como dejó atrás la última saklia del aoul.

Estas setenta hectáreas de joven y sana huerta, fueron plantadas hace poco por los hijos del viejo Tuta.

El primer hijo de Tuta Temdachov trabaja como presidente del koljós. Planta nuevas huertas. El segundo hijo de Tuta Temdachov trabaja en la aldea como miembro del Partido. Poda las huertas cuando crecen irregularmente.

¡Oh, cómo los hijos de Tuta Temdachov se desvían por hacer algo bueno por la nueva Kabarda! ¡Cómo se apresuraban por realizar una nueva buena acción, tal como Betal Kalmykov exige a todo buen kabardo!

Al hombre se le entrega una vida pequeña, y, cual caballos no ensillados, muchas acciones le esperan. Es preciso ensillarlas todas. Era tanta la prisa que tenían los hijos de Tuta por hacer bien, que muchas cosas se les escapaban. En muchos lugares habían sido plantados árboles con las raíces al aire. Tales árboles no podían crecer.

¡Oh, cómo hubiese reído el viejo Elbourz si hubiera sabido por qué el viejo Tuta se sentaba en cuclillas para examinar las raíces de los árboles mal plantados! Elbourz es una montaña, y no sabe reírse. Y el viejo Tuta Temdachov se entristeció, y en un perdido rincón de su memoria colocó los árboles de las huertas, raíces al aire, tal como estaban en la tierra.

El viejo Tuta llegó por la mañana a la segunda aldea y evitó encontrarse con nadie. No fué a ver a sus parientes, no bebió con ellos un vaso de vino, ni dejó correr un nuevo rumor en la aldea. Se fué al más alejado establo. No fué allí a ver los caballos que monta el presidente del Soviet, ni los que enjaeza el presidente del koljós. Fuése a buscar los más viejos caballos, los más sucios, los que ni tan siquiera la Sección Política había jamás visto.

¡Oh, cómo hubiese reído el viejo Elbourz si hubiera sabido por qué Tuta Temdachov tenía necesidad del barro de las pezuñas de los caballos mal peinados!

A la tercera aldea Tuta llegó al anochecer. Fué a casa de su tercer hijo, a quien acababa de nacer una niña.

—Buen día, Khumid —dijo Tuta—; quiero ver a mi nietecita.

—Buen día, padre —dijo Khumid—. Vas a ver enseguida a mi hija. Espera solamente que encienda una cerilla para que tengas luz.

—No —dijo Tuta—. Quiero retener para largo tiempo el rostro de mi nieta, pero la cerilla es corta; se consumirá demasiado deprisa y no podré retener nada. Enciende otra luz, la misma que vemos en todas las demás aldeas kabardas.

¡Oh, qué vergüenza sintió el hijo del viejo Tuta de no tener en su aldea una luz de aquella clase! Corrió a compartir su vergüenza con el presidente del Soviet. Tuta no esperó a ver a su nietecita, pues tenía gran prisa por llegar a la aldea siguiente. Acarició tan sólo en la oscuridad los cabellos de la recién nacida, y, sin decir adiós a nadie, se fué. En la calle de la aldea topaba con los traunseúntes, diciéndoles:

—Acompañadme fuera de vuestra oscura aldea.

¡Oh, qué astuto es el viejo Tuta!

Ya de día, llegó a la cuarta aldea. La carretera principal estaba llena de barro, mientras que las aceras estaban algo más limpias.

¡Oh, qué astuto es el viejo Tuta!

Andaba por el medio de la calle sin saludar a nadie.

—¡Tuta! —le gritaban desde las aceras—. Aquí está más limpio; ven por aquí!

—No —decía Tuta removiendo el barro con sus pies. — Yo no puedo ocupar vuestras aceras, pues los caballos



las necesitan. Que anden los caballos por donde esté limpio.

¡Qué astuto es este viejo Tuta! Siguió por el centro de la calle sucia y fangosa y se fué sin saludar a nadie.

Tuta atravesó de esta misma manera todas las aldeas hasta llegar a la ciudad de Naltchik. Una vez allí, entró en una casa de piedra, subió al segundo piso y dijo al hombre que allí estaba:

—Es preciso que vea a Betal Kalmykov.

El hombre le respondió:

—Betal Kalmykov está ocupado.

—Haz el favor de no decir cosas de las que nada sabes. Betal está siempre ocupado, pero cuando sepa que es el viejo Tuta quien le requiere, dejará todos sus asuntos.

En este momento se abrió la puerta y apareció el propio Betal.

—Buen día, Tuta— dijo Betal—. Entra, te lo ruego. Hace ya tiempo que te espero para tomar el té contigo.

Tuta entró, sentóse, mas no tomó el té.

—¿Qué es lo que deseas, Tuta? —preguntó Betal—. ¿Acaso vives mal en la casa de reposo de los viejos koljosianos? ¿Ocurren tal vez cosas irregulares en tu aoul? ¿Te ha ofendido alguien?

Tuta respondió con un «no» a estas tres preguntas.

—Entonces, ¿qué es lo que deseas? —preguntó Betal.

—He venido, Betal, para contar cosas malas— respondió Tuta.

—¡Diablo! —gritó Betal—. Me gusta oír lo bueno, pero también lo malo. Lo malo se puede siempre transformar en bueno. Cuéntame todo lo malo.

Pero en este preciso momento, sonó la máquina negra colgada a la pared.

—¡Silencio, Tuta!—dijo Betal—. Es Stalin que nos telefona.

¡Oh, cómo respetaba Betal a Stalin! Tomó el auricular y permaneció derecho, como un militar, durante toda la conversación.

—Buen día, Betal —dijo Stalin—. Hay aquí un jefe regional que quisiera concurrir contigo.

—Muy bien— dijo Betal.

—Quiero que concurráis— dijo Stalin—. Tienes tantos obreros de choque como estrellas hay en el cielo. El otro jefe regional tiene tantos holgazanes como tú obreros de choque. Tus obreros de choque enseñarán a sus holgazanes.

¡Qué turbulento es el viejo Tuta! Hubiese querido hasta mezclarse en esta conversación y decir a Stalin que tenía mucha razón.

Stalin dió a Betal todos sus saludos y dejó en paz a la máquina negra sobre el muro.

¡Oh, qué agradable es el olvidar, en medio de las cosas buenas, las cosas malas! Cuando se bebe vino dulce, no se siente deseo alguno de pensar en el agua insípida. Pero en nuestra Kabarda, Betal no olvida nada.

—Bueno, viejo Tuta, ¿qué es lo que quieres? —preguntó de nuevo Betal.

Tuta le refirió todo lo que de malo había visto: el barro y la falta de luz, las huertas plantadas por sus hijos, con las raíces al aire; los caballos sucios como la conciencia de los nobles. El viejo Tuta contó todo esto a Betal.

¡Cómo hubiera reído el viejo Elbourz si se hubiese enterado dónde metía su nariz este turbulento anciano!

Betal se disgustó. Ni tan siquiera quiso beber su té. Descendió corriendo la escalera, saltó en su máquina-viento y partió no se sabe dónde. Tuta corría tras de él con sus viejas piernas, gritando:

—¿Dónde vas, Betal? Espera a mañana; tal vez todo se arregle aún.

Pero, ¿es posible detener al torrente en la montaña? ¿Es posible parar el viento que sopla de los montes? ¿Es posible parar la luz del sol? ¿Quién puede replicar «no» a Betal cuando él ya ha dicho «sí»? ¿Quién puede detener a Betal cuando ya ha emprendido su trabajo?

Tuta se sentó sobre las gradas de la gran casa de Naltchik y se puso a meditar. Pensó. Pensó, y luego se durmió. El monte Elbourz se vino hacia él en su sueño y dijo al viejo:

—Ya ves, viejo Tuta, lo que has hecho. Betal quería descansar, has venido tú y has estropeado su reposo. Betal quería alegrarse y tú le has traído la desgracia. Le has contado todas las tonterías salidas de tu vieja razón.

—¿Qué es lo que entiendes tú, Elbourz, sobre las cuestiones serias del Partido? —dijo Tuta—. Cuentas no sé cuántas barbaridades. Toda Kabarda sabe que Betal no descansa nunca.

—¿Por qué metes la nariz en los asuntos del Estado? —dijo Elbourz.

—De nuevo veo que no comprendes nada —dijo Tuta. Mi nariz pertenece al poder soviético. Debo meterla allá donde me ordene el poder soviético. Te has vuelto completamente estúpido, Elbourz —dijo Tuta—. No comprendes nada de la nueva Kabarda. Vuélvete a casa y ocúpate de tus vientos y de tus frios.

Sí, queridos oyentes; mi narración no llega a alcanzar a la máquina-viento de Betal Kalmikov. La máquina-viento corre sobre las carreteras y con sus linternas descubre a todos los que trabajan mal, y nadie puede esconderse a las linternas de la máquina-viento de Betal.

Tuta se despertó luego de su discusión con Elbourz y decidió buscar a Betal. Seguía las huellas de la máquina-viento y cogíase la cabeza entre sus manos. ¡El turbulento de Tuta!

¡Oh, cómo se burlaba de él el viejo Elbourz!

—¿Dónde está tu barro? —gritaba Elbourz cuando Tuta pasaba por una calle limpia y bien puesta.

—¿Dónde está tu oscuridad? —decía Elbourz cuando la luz de las lámparas eléctricas brillaba en la otra aldea.

—¿Dónde están tus caballos sucios, viejo charlatán? —le injuriaba Elbourz a la salida de los caballos limpios.

—¿Dónde están tus huertas mal plantadas? —reía Elbourz cuando Tuta llegó a su aldea natal y atravesó las huertas bien plantadas.

—Sí, sí; tú quieres ser más listo que nadie, Elbourz— dijo Tuta—. Tu siempre vas cuando yo vuelvo. Una huerta no puede plantarse ella sola, con las raíces en la tierra. Sé muy bien que Betal ha pasado por aquí y lo ha puesto todo en orden.

Tuta llegó a su aldea natal y fué allí donde la muerte, que le esperaba ya hacía mucho tiempo, le dió el tercer aviso, y el viejo Tuta murió tal como corresponde a un viejo kabardo.

Betal llegó a Naltchik sobre su máquina-viento.

—¿Dónde está ese viejo turbulento? —preguntó Betal. — Quiero tomar aún el té con él.

Todo el mundo corrió a buscar al anciano. Pero las gentes lo encontraron ya tendido en su tumba, con la cabeza hacia el Oriente.

El viejo Tuta, en la tumba, tenía el rostro enojado. Por última vez había de nuevo disputado violentamente con Elbourz. Estaban siempre en desacuerdo. Elbourz dijo a Tuta:

—Cuando ves lo malo y quieres lo bueno, es preciso rogar a Alá.

—Te has vuelto estúpido, Elbourz —dijo Tuta—. Hoy en día hay muchas máquinas diferentes, y Alá es viejo y



no las conoce, pero Betal sí que las conoce. Alá tendrá miedo, pero Betal no lo tiene. Alá no sabe hacer nada en el koljós, pero Betal lo sabe todo. Betal quiebra el maíz como nadie sabe hacerlo en toda la Kabarda. Eres completamente estúpido, Elbourz. ¿Para qué orar a Alá cuando Betal lo sabe todo?

Y Betal llegó a la tumba del viejo Tuta. Permaneció derecho ante ella, se quitó la gorra y cantó la canción que se canta en Naltchik cuando llegan los grandes jefes.

Y cantó con estas palabras:

«Si, has muerto ya, inspector de la calidad de nuestra vida,

Ya no vendrás más a mi casa de Naltchik,

A tomar el té y aconsejarme algo bueno.

Sonrieme desde bajo de la tierra, viejo inspector de la calidad.

Ahora, voy a hacerte mi informe:

Todo cuanto me has pedido hecho está,

Viejo y turbulento inspector de la calidad.

El viento no puede permanecer quieto,

La tierra no puede iluminar al sol,

El viejo Tuta no puede levantarse de su tumba.

Duerme apaciblemente, inspector de la calidad de nuestra vida.

Vuelvo enseguida a Naltchik, y esperaré allí a otro anciano,

Que venga a aconsejarme algo bueno».

Betal ordenó que se transportase la tumba del viejo Tuta a las setenta hectáreas de la tierna y sana huerta plantada por sus hijos.

¡Que florezca este jardín sobre la frente del viejo Tuta! —dijo Betal—. ¡Que las manzanas y las peras rocen su tumba!

Y cuando Betal cantó esta canción con empañada voz, el turbulento Elbourz quiso de nuevo reír y discutir. Pero miró los ojos de Betal y no se atrevió. Se envolvió en el manto de su niebla y enmudeció.

Más tarde decían las gentes que él, el monte Elbourz había llorado. Y sus copiosas lágrimas, convertidas en torrentes montañosos, corrían desde la cumbre.

Tal vez las gentes dijieran la verdad. Yo no sé nada, queridos oyentes, pues no estaba allí.

Traducción de José Renau

AMERICA

EL CONGRESO DE ESCRITORES REVOLUCIONARIOS DE NEW YORK

El título ya lo dice. Y una encuesta sobre Nueva York, un reportaje de cualquiera de los múltiples aspectos, de esta ciudad de facetas innumerables, ha de tener siempre una larga sugestión sobre nosotros. El libro de Mancisidor la lleva en su seno, y ¡de qué clase!

¿Quién no ha sentido el deseo —íbamos a escribir la necesidad— de asomarse a la metrópoli americana, de dejarse vivir y aún digerir por ella, acercándose a su entraña más caliente? Todos, en la medida que un contacto directo nos estaba vedado, hemos buscado un sustitutivo a nuestra curiosidad exacerbada; y efectivamente, la más interesada y deformadora de las propagandas, no ha ahorrado esfuerzo ni sacrificio para enturbiar nuestra visión y deformarla, para la mayor gloria y exaltación del floreciente (así lo parecía al menos hasta el gran cataclismo de Wall Street en 1929), capitalismo americano. Su cinema nos dió, hasta la saciedad que avecina ya de la náusea, una imagen brillante, superficial y conformista de esa «octava maravilla del mundo». Rascacielos, «prosperity», Broadway, Central Park, 5.^a Avenida. Por si dudábamos de nuestros sentidos, un escritor tan «documentado» y tan «respetable» como Paul Morand, llamaba a nuestra «razón» con un libro brillante lleno de «sprits», mil veces más afneño que cualquier baedeker. Y, sin embargo, nuestras aprensiones subsistían.

¡Y eran fundadas! Porque el pueblo y sus angustias cotidianas, con su hambre —de pan y de cultura—, no aparecía por ningún lado. Algo de esta honda crisis oculta había percibido Georges Duhamel en sus «Scènes de la vie future», y nos había comunicado buena parte de su indignación humanísima, pero sólo con los libros de Michael Gold y sobre todo con ese robusto film escrito, que es el «Manhattan Transfer», de John dos Passos, la Verdad encontraba cables suficientemente seguros para ser izada de su pozo.

De ese mundo auténtico que es Nueva York, con su East Side, su Harlem, su Brooklyn, etc., todos sus barrios de miseria y de dolor humanos, tenemos ya un conocimiento exacto, y ahora si que podemos llevar todo nuestro interés y toda nuestra adhesión, fraternalmente, a sus problemas. Por eso José Mancisidor ha podido ir en un vuelo desde México y darnos ahora su visión y sus experiencias sobre un mundo y sobre unas aspiraciones que suelen pasar desapercibidas de los «viajantes de ideas» que llegan por el «lle-de-Francen» o el «Normandie».

Fijaos en que Mancisidor no nos habla de los «beauty parlors» de la Quinta Avenida, ni de los «music-hall» de Broadway, y que cuando remonta hasta Harlem, no es para describirnos la música sincopada de Duke Ellington, sino para ponernos en contacto con el problema nacional y económico de la minoría negra. El camarada Mancisidor, «mexican delegate» al Congreso de los Escritores Norteamericanos, nos hablará de esta asamblea grávida de esperanzas renovadoras, del nuevo teatro proletario y de la regeneración de la danza como espectáculo de masa, de la espléndida manifestación del Primero de Mayo, que agrupó medio millón de hombres contra la guerra, contra el hambre y contra el fascismo.

El Congreso de Escritores Norteamericanos (que precederá de poco al gran Congreso de la América latina), ha tenido sus reuniones en los últimos días de abril de este año; en él intervinieron, junto a escritores de obra tan considerable como Waldo Frank, hombres del arraigo popular de Enri Browder, el ardiente secretario del Partido comunista de los Estados Unidos. Asamblea fecunda que ha dado vida a la «Liga de los escritores norteamericanos», presidida por Waldo Frank, cuya incorporación al frente de lucha por una cultura revolucionaria cabe considerarla como uno de los hechos más trascendentales ocurridos en los últimos tiempos y que sitúa el movimiento intelectual de los EE. UU. de Amé-

rica en un punto crítico, de decantación ideológica y de reagrupamiento de valores, frente a la liquidación del pasado histórico americano.

Campo infinito, el que se abre al esfuerzo de los intelectuales norteamericanos y a todos los hombres de buena voluntad que sienten agudamente, en su dignidad humana, la imperiosa necesidad de servir a las grandes masas que se debaten doloridas en ese gran país. Junto a la U. R. S. S. y a la China, en los Estados Unidos, hay que intentar con el máximo coraje, con la intensidad y la amplitud que a tan gigantescos organismos corresponde, una refundición total de los principios y sistemas ya agotados, para hacer frente a la angustia radical que posee el hombre, en esta época de transición, que es la nuestra. Esta renovación entrañable de la sociedad norteamericana ha de ser llevada sobre todos los frentes, pero limitémonos aquí a señalar uno tan solo, por corresponder a un problema esencial y originalísimo de Norteamérica.

La «Liga de los Escritores Norteamericanos», utilizando la magnífica resonancia del hebdomedario «New Masses», y en contacto estrecho con el Partido Comunista, tiene una especial tarea a cumplir, de una trascendencia y una responsabilidad extraordinarias. La de luchar sin desmayos ni transacciones contra el imperialismo, desenfrenado que se ejerce despiadadamente adentro y afuera de su área nacional. Los Estados Unidos son la encrucijada de todos los imperialismos, de todas las formas de opresión de los pueblos. Vecinos a una serie de países en pleno crecimiento nacional aún y que no pudieron liquidar todavía todas las debilidades de orden político y social heredadas de un régimen colonial de la víspera; guardando dentro de sus límites políticos, fuertes minorías de color, maltratadas y perseguidas con la última de las bestialidades, corresponde a nuestros camaradas americanos la labor de defensa de estas colectividades oprimidas, y de rechazo la de debilitamiento del imperialismo colonial y del fascismo capitalista que cada día, a medida que las contradicciones se agudizan en su seno, toma características feroces de persecución.

En este sentido, el Partido Comunista tiene en su haber éxitos y realizaciones muy estimables ya. Su clara visión política del problema «racial» americano, el apoyo sin reservas que aporta a la minoría negra (que se ha plasmado, entre otras muchas actividades, en la presentación del leader negro James B. Ford, como a candidato a la vicepresidencia en las últimas elecciones presidenciales) muestra claramente que se está sobre la buena ruta. La coincidencia de que este libro que comentamos, abordando problemas actualísimos de los Estados Unidos, haya sido escrito por un camarada mexicano, nos lleva sin esfuerzo a asociar a las dos repúblicas de Norteamérica a una misma lucha. También en la más septentrional de las repúblicas de habla española esta cuestión de la fraternización de las razas ha de pasar a un primer plano de acción. La gran originalidad y la gran fuerza de México saldrá de esa vuelta hacia la entraña palpitante del pueblo, de una fusión sin grietas entre la masa aborigen y la minoría cultural blanca. Luchando enérgicamente para desenmascarar la gran farsa demagógica del «New Deal» o del «Callismo», ejerciendo una vigilancia acrecida sobre las bandas fascistas del «Ku-Klux-Klan» o de las «camisas doradas», poniendo al desnudo la gran estafa popular y el freno descarado que son la pretendida «revolución» mexicana o las «evangélicas» predicaciones de Coughlin, «el padre de la radio», nunca ha de ser subestimado el papel que juega en ese rincón del mundo el problema de las nacionalidades, y que la más profunda de las revoluciones a realizar en él, será la de repetir la gran experiencia que la U. R. S. S. llevó a cabo bajo la dirección clarividente de Lenin y Stalin. Para que llegue pronto el día en que se cumpla la profecía del gran poeta negro Langston Hughes, cuando decía:

«Yo también canto, América. — Yo soy el hermano más atezado. — Se me envía a comer a la cocina — cuando hay gente. — Pero yo río, — y como bien, — y mi fuerza se acrecienta. — Mañana, — me sentaré en la mesa — cuando habrá gente, — nadie osará ya — decirme, entonces — ¡Vete a comer a la cocina! — Ellos verán cómo yo soy hermoso — y tendrán vergüenza. — Yo también soy América».

NADAL

Valencia, diciembre, 1935.

DE CARA AL SOL LLEVANT

COP D'ULL SOBRE UNA MINORIA NACIONAL

El fet que anem a ocupar-nos d'una manera sostinguda de les activitats espirituals catalanes a les pàgines de NOVA CULTURA, no precisa de cap explicació major, de cara als nostres companys i lectors. Tots els qui prenen part a l'entorn d'aquesta revista —fent-la i propagant-la— en la gran creuada en favor d'una cultura impregnada d'un sentit de dignitat humana i de feconda saba popular, reconeguem com una de les tasques urgents que s'hi posen davant de tots, la del recobriment i l'enfortiment d'aquells nuclis nacionals que venen patint des de fa segles una de les pitjors formes de l'opressió imperialista: la de l'esperit i la cultura autòctones.

No més enllà del número darrer, la nostra revista ha publicat llargs extractes del darrer gran llibre del nostre malaguanyat Henri Barbusse, on es contenia tota la doctrina profundament vital que ha portat l'U. R. S. S. a la solució de l'intrincat problema de les nacionalitats. En voltar la mirada i copsar els problemes vivissims que bullen a l'entorn nostre no podem sino fer constatació de l'existència a la nostra Península d'un plet espiritual del mateix caràcter i portar tota la nostra col·laboració a obtenir fórmules d'una major justícia.

Diverses son les minories nacionals que pateixen a Ibèria un jou feixuc que agreuja amb una tortura inèdita, els mals generals que pateixen els treballadors, camperols, intel·lectuals i qualsevol persona digna de tots els territoris peninsulars. Si nosaltres ens hem aturat en la nostra atenció preferent sobre una d'elles, açò obeeix a dues causes principals que tothom convindrà amb nosaltres estan ben justificades. L'una és que el fet català es avui en dia un dels problemes més aguts i importants de la vida espanyola en tots els seus ordres i que cap reivindicació nacionals ens pot mostrar com aquesta, a les nostres latituds, un exemple i una lliçó que millor serveixi la nostra passió d'ajudar l'amillorament de l'home. L'altra raó, d'una arrel, encara més instintivament espontània, és que nosaltres vivim, treballem i estimem dintre de l'àrea d'aquesta entitat espiritual i que en som fills d'ella.

La nostra situació geogràfica, ens marca un camí que empenem amb un entusiasme i una decisió sense reserves. A nosaltres ens està senyalat l'aconseguir l'apropament fraternal de tots els pobles peninsulars, primer pas d'aqueixa universal fraternització humana, en marxa ja sota el signe lliberador del socialisme.

De cara al Sol llevant, i sobre les costes de la Mediterrània, Alguer de Sardenya, les illes Balears, el País Valencià, la Catalunya aragonesa, Andorra, Catalunya i el Rosselló, acoblen sis milions d'éssers humans que parlen una sola llengua i que clamen per una cultura que sigui la plasmació de la seva espiritualitat en creixença i que a l'ensem estigui colmada d'una ressa d'humanitat que l'hi permeti unir-se a tots els pobles de l'ample món que treballen per una fórmula nova de vida.

NOVA CULTURA i el moviment de renovació que ella representa estarà, sense desmaï, al servei d'un poble reneix i que vol viure i farà tot, perquè aquest despertar porti vers una actuació fecunda que afirme en els homes allò que els uneix i destrueixi aquelles ficcions interessades elevades entre ells per separar-los.

LA REPUBLICA DE LES LLETRES

Ja en la nostra primera sortida dirigíem una salutació de simpatia a la revista que fan un grup de literats valencians, en els que viuen ben despertes totes les inquietuds espirituals del nostre temps. La República de les Lletres, publicada integrament en català, respon a un sentit orgànic i totalista del esperit nacional que anima els seus animadors i a més a més vibra de totes les emocions amplament humanes i universals que son també les nostres. Essent perxò que ens sentim ben aprop d'ells i els encoratgem des d'ací a què no desmai en la seva labor en defensa de l'espiritualitat autòctona i de totes les valors més autèntiques de la cultura popular.

En el darrer número aparegut —el sisè— corresponent a l'actual trimestre d'octubre-desembre del 1935, hi trobem a banda la traducció de dos poemes proletaris de Pla i Beltran, una declaració-frontispici, contra la guerra, que suscrivim de tot cor. Com ells, nosaltres també lluitem per la llibertat i el dret del poble a disposar de llurs destins, per la raó i la justícia, per la germanor dels homes.

Heusací com cada dia, sota l'amenaça creixent del feixisme i davant l'allau de barbàrie que significa, van apareguent més definides i fermes les bases per a la construcció d'un front robust de lluita en defensa de les conquestes culturals assolides a costa d'esforços i sacrificis inefables, pels pobles i pels individus.

UNA TACTICA COLONIAL

Moltes són les formes que pot adoptar l'expansió imperialista en portar la civilització i la cultura als pobles afeblits. Totes elles però, engendren un clima uniforme, una atmosfera moral que hom pot definir-la en un mot: coloniatge.

Es igual que fixeu la vostra atenció en pensar a les diverses formes d'opressió dels pobles, a les d'un tipus militarista, o econòmic o cultural; en totes elles trobareu un tret comú: que són cimentades sobre un règimen de desigualtat, en perjudici de l'aborigen i a la major glòria i profit del colonitzador.

Per arribar a obtenir una tan òpima situació, les petites minories que regeixen i usdefruituen tots els instruments de govern de l'Estat burgès, han utilitzat tots els recursos, àdhuc els més inconfessables per sotmetre i explotar els pobles objecte de llur sobejança. Això ha estat fet des dels temps més antics per tots els Imperis; això ha estat dut en els temps moderns a un grau de refinament monstruós pels dirigents d'un poble que ha passat mestre en l'art de l'explotació dels homes inferiors. Ningú com l'ala extrema dels imperialistes conservadors anglesos, els die-hards, ha sabut treure profit de la seva superioritat de progrés material; ningú com ells ha utilitzat el vell principi dels conquistadors romans: *divide et impera*.

Heusací una tàctica de penetració que ha estat ben apresada per totes les colles imperialistes de tots els països i portada a fons per les administracions respectives. A cada territori en plà d'absorció, hom s'és refermat sobre els grups i els individus més aptes a ésser maniobrats, pel seu afebliment de l'esperit nacional o un major impuls de concupiscència. Mireu-vos en els exemples frapants que són la conquesta de l'Índia pels anglesos o la pacificació i el protectorat del Marroc per Lyautey.

Ací toquem a la més cínica de les paradoxes, bàsica en tot fet imperialista. La de què éssent la fi última de tota colonització, el més dur i esterilizador dels assimilismes uniformistes, empri capciosament, per arribar-hi, una forma enganyosa, d'afalae i respecte per les característiques del país cobejat. Hi veureu en la boca de tots els colonitzadors, uns grans mots solemnes, una rica teoria de declaracions, en favor de la llengua i de la cultura del poble intervingut; grans signes externs de deferència pels costums civils i religiosos de l'indígena. I tot això per millor entrar-hi, per assegurar més inexorablement un jou asfixiant. D'aquesta mena d'habilitat per aprofitar els renegats d'un poble, o els tebis de consciència nacional, contra els seus germans de raça, en tenim a la Península una coneixença ben popular; són els que en el llevantatge corrent, de molts anys ençà, hom en diu *moros amigós*.

Perquè som valencians, fills d'una regió pertanyent a la minoria nacional catalana, que no ha arribat ni de lluny al grau necessari de consciència autòctona, hem de denunciar i donar l'alerta, sobre un fet que es ve repetint d'una manera renovada i aguditzada a cada represa. Mirant a Catalunya, i fixant-nos en la lluita que sosté pel dret a la seva personalitat hem de dir que no tenim cap vocació de *moro amigó*, i que les masses que s'hi debateixen per obtenir llur doble emancipació econòmica i cultural ens tenen incondicionalment amb ells, com a marxistes i com a compatriotes.

EMILI NADAL

UN LLAMAMIENTO DE LOS ARTISTAS NORTEAMERICANOS

Recibimos un llamamiento de un numeroso grupo de artistas revolucionarios norteamericanos solicitando la cooperación de los artistas españoles simpatizantes, en el próximo Congreso que habrá de abrirse en Nueva York el 15 de febrero de 1936. A menos de un año de distancia del segundo Congreso de Escritores Norteamericanos, la próxima asamblea de los artistas de la joven América ha de tener una resonancia y una eficacia considerables.

La falta de espacio nos impide publicar el Manifiesto que nos envían, pero estimulamos a nuestros camaradas a cooperar a su mejor resultado, dando una muestra práctica de solidaridad internacional. Las adhesiones pueden ser enviadas a NUEVA CULTURA, Apartado 520, desde donde serán retransmitidas a la New Theatre League, de Nueva York.

MUSSOLINI NO ES ITALIA

(Entrevista con H. G. WELLS y BERNARD SHAW)

H. G. Wells es un hombre ocupado en extremo. En este momento lo está más que nunca, da el último toque a su primer film, que se proyectará dentro de algunas semanas y en el cual ha trabajado desde el principio hasta el fin: Un film que tiene como argumento la guerra futura, situándola hacia el año 1940.

—Hacer un film, exige mucho tiempo —nos dice H. G. Wells—. Desencadenar una guerra es todavía más rápido, temo que la realidad anticipe las previsiones de mi película.

Sin embargo no cree en la inminencia de una guerra, a pesar de la situación de extrema tirantez, de esta atmósfera hecha de espera, nerviosismo y aceptación que pesa sobre Londres y que penetra hasta en este restaurant en donde desayunamos servidos por mozos italianos y antifascistas.

—No creo que la guerra estalle dentro de poco —continúa H. G. Wells—. Por lo menos, no antes de uno o dos años. Porque aquí en Inglaterra, la mayoría del pueblo no la quiere. Tampoco nadie la desea en Francia: esto está claro. En cuanto a Mussolini exagera...

Se interrumpe, permanece callado algunos instantes.

—Si hemos venido a interrogaros —le decimos—, no es por simple curiosidad. Un hecho es éste, la amenaza de guerra, puede estallar mañana o dentro de un año. En Francia, en Inglaterra, en todos los países, millones de hombres de todos los horizontes luchan contra la guerra. Tiene gran importancia para ellos, el saber que en aquellos en quienes han puesto en todo Gorki, es un Wells, piensan y son también opuestos a la guerra.

«standardizada», mezcla de profunda inteligencia de las cosas y —Precisamente por eso —dice Wells—, temo no deciros cosas lo bastante precisas. El problema es infinitamente complejo. ¿Hay que estar por o en contra de Italia? ¿En pro o en contra de la Sociedad de Naciones? ¿A favor o en contra de Abisinia? Es imposible razonar de este modo si no se entra en detalles. Ahora bien; no he estudiado el problema de cerca.

Nuevo silencio.

—Hay una cosa cierta —prosigue el gran novelista—. Estoy contra la violencia imbecil. Mussolini no es Italia, del mismo modo que Hitler no es Alemania. Italia es un país hermoso, un gran país con un glorioso pasado y un glorioso porvenir, un país que es el primero en sufrir la situación en que se ve colocado actualmente. Me parece que la posición de un italiano inteligente, actualmente es insostenible. Se trata de no confundir Mussolini con Italia y de no volver la acción contra ésta cuando, en realidad, se lleva contra el fascismo. Yo os lo repito: en la historia de Italia, Mussolini no es más que un accidente, al igual que el nacionalsocialismo no es más que un accidente en la historia de Alemania.

Hállase Bernard Shaw muy inquieto. Las ideas le vienen de todos los lados, como otras tantas molestas moscas. Cejas triunfantes, inspirada barba, los cabellos al viento, a todos los vientos, el célebre escritor abre las hostilidades.

—¡Ah, sí! Romain Rolland, Gide, toda esa gente, son ahora terriblemente antifascistas. ¿No es eso? Tengo la impresión de que se ocupan de lo que no les importa.

Los intelectuales no tienen ninguna influencia. Ya hablé con Barbusse de la posibilidad de unir y agrupar a los intelectuales y servirse de la Cooperación Intelectual. Lamento que eso no se haya podido hacer. Ni Romain Rolland ni yo tenemos la menor influencia sobre tales acontecimientos: no hemos matado a nadie. Es preciso, al menos, contar con cinco millones de muertos para ser alguien de quien se hable. Cosa que Mussolini sabe perfectamente. Es un excelente psicólogo.

—¿Pero usted no es adversario del antifascismo?

—¡No soy en modo alguno antifascista! Entre el Gobierno actual de Inglaterra y el de Italia, prefiero mejor todavía este último. Se me va a decir que tengo inclinación a las dictaduras y a las recias testas, pero no es por esto.

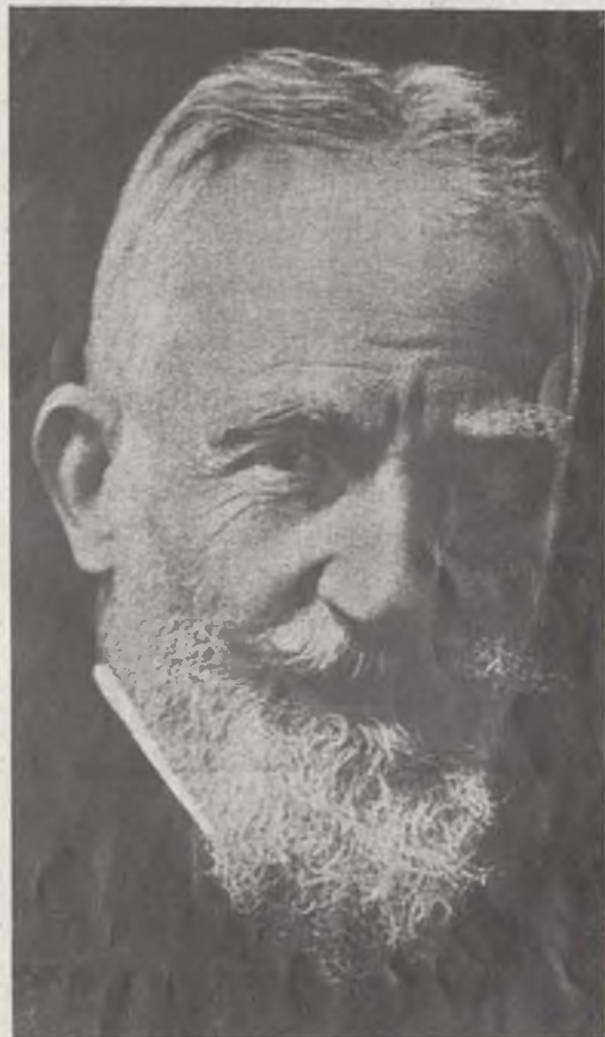
Personalmente soy comunista. De esto no hay ninguna duda.

—No veo con qué derecho, aquellos que han hecho el Imperio Británico y que continúan construyéndolo en silencio, violando en este mismo momento las fronteras de un Estado independiente al Noroeste de India sin que intervenga nadie, pretende mezclarse contra su imitador.

Francia y Gran Bretaña, esos dos bribones —«these two rascals»— queriendo impedir al tercer truhán que haga lo mismo que ellos... ¡Qué ridiculez!

—Pero hay una guerra en curso. El mejor medio de detenerla, ¿no es acaso la S. D. N.?

—La Sociedad de las Naciones, esa cosa imbecil —«that wretched thing»— es incapaz de hacer algo. Todo eso es bluff del señor Eden.



—¿Pero y la guerra?

—Es inevitable que los Estados capitalistas organizados conquisten a los Estados compuestos solamente de tribus. Da pena y es poco romántico el ver los magníficos hombres de esas tribus, reducidos a la nada por los miserables enviados de los arrabales, pero esas cosas fatalmente deben producirse, en tanto que el raquítico habitante del suburbio está encuadrado en la enorme organización militar y cuando los guerreros solamente poseen sus tam-tams y esa especie de temeridad que conduce al suicidio ante el aparato de guerra moderno.

No digo que un día una civilización negra —por oposición a la civilización rosa que es la nuestra— no sea posible. Ni que el Extremo Oriente no constituya un peligro para Europa. Me pregunto por qué el Japón no va más rápido en su conquista. ¿Quién puede impedirselo? Los generales chinos y el Kuomintang son todos unos bandidos. Allí todo depende de los progresos de los Soviets chinos.

—Sí. ¿Pero la guerra, Etiopía?

—En las circunstancias actuales no se puede detener la guerra. Mussolini también sabe eso perfectamente. Inglaterra amenaza, amenazará más aún y no hará nada.

Es evidente que la guerra es una cosa repugnante, desastrosa, valdria más emplear el sistema soviético de penetración; las cosas se arreglan tan bien de antemano que la gente es feliz al ver que los Soviets llegan.

Un viento continental viene ahora del Támesis. Los barcos arribados de Hamburgo, Marsella, Génova, cargan y descargan a lo largo de los muelles.

—¡La amenaza de una guerra europea! ¡Alemania realizando el Anschluss! Pero me pregunto si no es una cosa deseable. Así va el mundo capitalista.

Una revolución comunista en Italia es posible que podría detener la guerra. Todo es posible, pero sería mejor aún una revolución comunista en Italia y en Abisinia.

Es hora de partir. Nos preguntamos con ansiedad cómo ligar todas esas declaraciones contradictorias que parecen, a pesar de todo, encadenarse perfectamente en boca de Bernard Shaw.

Le preguntamos si podemos publicar lo que acaba de decirnos.

—Seguramente, no —replica; después añade—: Pero podría siempre desmentirlas.

A. CARMAUX y DE JOUVENEL

EN EL XXV ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE TOLSTOI

Hace veinticinco años —el 20 de noviembre de 1910— murió León Tolstói.

Su obra literaria, tan rica, es por su misma grandeza indiscutible. Pero aparte de esto, hay algo que nos interesa muchísimo ahora precisamente: el «hombre» León Tolstói, la persona que hay dentro de esa vida inquieta y fecundísima.

Vida inquieta siempre la suya. Inquietud proyectada hacia las cosas. Sensibilidad, humanísima sensibilidad para la vida miserable de su patria, la Rusia del Zar y del Pope. Y es que Tolstói, ni fué un «intelectual», ni se identificó con ninguna «élite» para distinguir lo elegante de lo grosero.

Todo lo contrario. Era un artista, un creador, un corazón grande y caliente. Y porque era así pudo luchar contra todo. Las dificultades estaban muy cerca de él, en su condición de noble ruso y rico propietario.

Tolstói recogió en su obra todas las angustias latentes de la Rusia prerrevolucionaria, la protesta popular contra una vida intolerable, la lucha contra el Zar y la Iglesia, el odio de los campesinos al gran propietario rural, la oposición del campo al capitalismo que empezaba. Y también la mezquindad con que la alta burguesía desviaba, abortándolos, los problemas más humanos. Toda la vieja Rusia implacablemente condenada.

Pero Tolstói no supo llegar a las más hondas raíces de los problemas, no vió por qué era así el mundo que combatía. Hubo un momento en que el novelista dejó paso al pensador. El que había escrito «La Guerra y la Paz» publica ahora «La verdadera vida». Y entonces toda su obra anterior queda aislada, sola, por falta de solidez constructiva. Las ideas religiosas y sociales del gran novelista, sus ataques al arte, sus ensayos pedagógicos, carecen de rigor científico, incapaces de llegar a las causas de la crisis, y de sistematizar los medios de transformarlo todo.

Esto es lo que ha permitido falsear la obra de Tolstói, presentarla como fruto de una conciencia libre que busca especulativamente ideas abstractas de justicia y de perfección. Deliberadamente se ha prescindido de su alcance revolucionario, se ha escamoteado el verdadero sentido de sus ataques a la ciencia y al arte burgués.

NUEVA CULTURA quiere en este aniversario recordar en León Tolstói al gran novelista, al hombre de sensibilidad finísima para todos los problemas sociales; al que buscó erróneamente, pero con absoluta honradez, lo mismo que buscamos nosotros: la nueva vida que haga posible al hombre nuevo.



CRÍTICA DE LIBROS

André Malraux: LE TEMPS DU MÉPRIS
Gallimard. París, 1935

Acaba de publicarse el último libro de André Malraux: «Le temps du mépris». Proyección sobre la Alemania fascista: Kassner acaba de ser detenido por los S. A. Interrogatorio en un cuerpo de guardia; camisas pardas al fondo. Ficha: «hijo de minero, beca en la Universidad, espartaquista, combatiente en Rusia, en Siberia con los revolucionarios, después con el Ejército rojo, delegado en Mongolia y en China, escritor, regresó a Alemania para participar en la organización de la resistencia al movimiento hitleriano.» Si consiguen establecer su identidad morirá con condena o sin condena. Los nazis dudan ante el pasaporte falso, ante el testimonio de una legación. Luego, la celda, centro de esta novela de Malraux, en la que comienza el tiempo a desaparecer en una noche larga. La angustia se hinca en las sienes, «angustia primitiva, el dolor más agudo ligado a la desmemoria», hasta que desaparece al concretarse bestialmente en puñetazos a la cara y martilleo de botas sobre el

cuerpo. La celda otra vez. Mundo de ruidos pobres. Pasos lejanos, un grito y un hachazo de silencio. Su espíritu se lanza vertiginosamente a la caza de imágenes capaces de mantener su vida. Las jornadas duras y gloriosas de la guerra civil, el vagar obsesionante de la idea de evasión, sus turbios recuerdos de niño triste, su mujer que le espera en Praga, las luchas pasadas, la Internacional... Imágenes de locura, la obsesión del suicidio. Oye abrirse una tras otra las puertas de las celdas. Los nazis van lanzando cuerdas a los mares de angustia que se abren tras las puertas metálicas. Reacción ante esta soya ofrecida por el enemigo. Serán dueños de sus vidas, pero no de sus muertes. Más tarde, golpes en una celda vecina: Ansiedad por descifrar la clave: —Camarada, valor, puede... Cesan los golpes y horas después Kassner es puesto en libertad; un camarada desconocido ha dado su vida por la suya y Kassner puede huir en avión hasta Praga, donde su compañera acaba de tener un hijo. Sobre la cuna surge el problema de la próxima noche que ella quiere compartir.

Este es el guión de la última novela de Malraux. La expresión no es casual. Malraux es siempre un poco cineasta.

La obra de este joven escritor francés es poco conocida en España. «Los conquistadores» es la única novela de Malraux traducida al castellano. «Le temps du mépris» aparece dos años después de «La condition humaine» —premio Goncourt 1933— y la fuerza de esta magnífica novela la hace parecer una obra de tono menor dedicada a la triste actualidad alemana. Es la primera vez que Malraux —siempre sugestionado por Oriente, por China— centra en Europa la acción de sus novelas. Comenzo estudiando lenguas asiáticas en París y a poco se lanzó al Camboya en una arriesgada busca de los dramáticos testimonios de las civilizaciones desaparecidas, pero a poco abandona los viejos templos indochinos y los bajorrelieves por la causa revolucionaria: Asia despierta oprimida por todos los imperialismos, y Malraux milita con los jóvenes annamitas y en la secretaría de Propaganda del Gobierno revolucionario de Cantón. Sus andanzas arqueológicas se recogen en parte en la «La Voie Royale», novela de aventuras llena de claridad poética al decir de los que la conocen. Vuelve a Europa y escribe «Los conquistadores», «La condition humaine», novelas que vibran en los años más apasionante de la revolución china. Actúa con intensidad en los medios intelectuales y en cuantos congresos y actividades exige la defensa de nuestra nueva cultura, se entrega a la literatura revolucionaria.

Las novelas de Malraux están llenas de acción, trepidan de impaciencia, arden en llamas de depuración de todo lo antiguo. gran una humanidad trágica y exasperada. A la ligera se las enlazaría con los relatos de aventuras. Pero esta acción densa y cargada —sobre todo en «La condition humaine», obra mayor— es su modo de desarrollar una subterránea y siempre tensa inquietud intelectual, su manera de llevar la observación psicológica a lo más hondo del hombre. Novelas de acción y a la vez y por eso, novelas psicológicas. Entre estos polos salta, eléctrica, la prosa de Malraux: picuda e incisiva. Nada de encerrar a los personajes en un ámbito estrecho y mezquina, polvoriento laboratorio a lo Proust en qué calcar estados de ánimo a fuerza de tanteos y paciencias. A pleno aire y a latigazos. La atmósfera fuerte y de intensidad pocas veces superada, creada en plena y vital actividad, los sentimientos revelados como en relámpago por un rasgo intensamente expresivo.

Una crítica marxista puede encontrar sobrado campo para desmenuzar la obra de Malraux si procede con un criterio estrecho y, en definitiva, equivocado. Las novelas de Malraux significan ante todo los actores y sus luchas. Los motores objetivos de la revolución quedan apenas aludidos. Supuestos y tácitamente admitidos al comenzar a escribir, Malraux se apasiona por el revolucionario, por sus ideas y sus dolores.

Trotsky, por quien Malraux en «Los conquistadores», manifestó evidente devoción, trató en cierta ocasión con dureza al escritor francés. Para Trotsky, sus revolucionarios —poetizados hasta lo épico, sin duda alguna— son radicalmente falsos y su presentación de los hechos aparece sin la conexión obligada en un marxista. Adelantamos esta crítica contra Malraux, en estas notas que voluntariamente escribimos con entusiasmo hacia el novelista, para tener ocasión de explicar su actitud. Mejor que explicar: conocer. En «La condition humaine», Kyo dice: «Hay en el marxismo el sentido de una fatalidad y la exaltación de una voluntad. Cada vez que la fatalidad pasa sobre la voluntad, yo desconfío.» Interesante definición de la actitud de Malraux ante la literatura y ante Marx. En Malraux domina la voluntad revolucionaria, la busca impetuosa de la condición humana; no soportaría un marxismo frío o de investigación. Por eso, en sus personajes domina la voluntad revolucionaria. En el proceso histórico, le interesa sobre todo sus aceleradores, lo subjetivo. Actitud literariamente admisible.

Volvamos a Malraux por Malraux mismo. «No hay dignidad posible, vida real, para un hombre que trabaja doce horas al día. Es preciso que este trabajo tome un sentido, se convierta en una patria.» A su Kyo, «el sentido heroico le había sido dado como una disciplina, no como una justificación de la vida. No tenía inquietudes. Su vida tenía un sentido y lo conocía: dar a cada uno de los hombres a quienes en aquel mismo momento el hambre hacía morir como una peste lenta, la posesión de su propia dignidad.» Exaltación sobre todo de la fraternidad viril: la única cosa en el hombre que es más grande que el hombre: la fraternidad viril de los hombres que sienten palpar a las masas como carne misma de la esperanza humana, según expresiones de «Le temps du mépris», que, aisladas de su íntima encadenación novelística, pudieran parecer un poco declamatorias. En las obras de Malraux, pequeñas historias estallan como granadas o deslumbran como cohetes luminosos: «Durante la Comuna de París, ya sabes, detienen a un zopenco,

Grita: —¡Pero, señores, yo no me he metido nunca en política! —¡Precisamente!, le contesta un hombre de sentido. Y le rompe la cabeza. (Los conquistadores). O la escena —«La condition humaine»— en que el revolucionario ruso Katow, que ha conseguido conservar en la prisión un frasco de cianuro potásico, condenado a ser quemado vivo, entrega el veneno a sus camaradas de lucha y suplicio, esperando él la muerte al ritmo que sus verdugos impongan. Y la terrible escena de la represión en Essen, de «Le temps du mépris»: «A golpes con cables de acero, con varas de hierro, después de los cigarros encendidos en la planta de los pies, los obreros repetían al fin el Pater Noster y el Heil Hitler. Hasta que los S. A. decidieron hacerles contar La Internacional. Pero las bocas tumefactas no cantaron más. Este canto grato quedaba encerrado en la única fraternidad que los torturados habían conocido, en el momento en que lo cantaban juntos en sus reuniones, con las mujeres, con los niños, en sus reuniones en vasta comunidad primitiva en que las masas eran carne misma de la esperanza humana. Bajo las matracas, los miembros aplastados como un filete que quiere ablandar el carnicero, se encogían ante los golpes. Uno a uno los hombres caían, inermes como estrangulados, la cara llena de la sangre que manaba de boca y nariz. Fatigados los S. A., habían al fin retrocedido hacia el otro muro. Aquello había acabado. Uno de los obreros se había alzado sobre sus codos y había comenzado a rugir: ¡Arriba los pobres del...! Ya el suboficial había cogido su revólver, tirado. Mas durante algunos segundos, aún el canto ruede entre los que no estaban sin conocimiento, continuando a ras de tierra con todo lo que puede contener de salvaje esperanza... Nada hay en la música más exaltante que una frase tomada y lanzada al aire por una muchedumbre, piensa Kassner al recordar el episodio de Essen en la sombra de su celda —«Le temps du mépris»—. La música tiene siempre en Malraux un sentido dramático: Kassner entre los muros fascistas busca aquella música que contiene un llamamiento indefinidamente repetido contra la fuerza resignada de los sonidos, una exaltación del hombre ante la muerte y el dolor, en comunión de grito, alas voces de esta región profunda en que la música toma entre sus manos la cabeza del hombre para elevarla lentamente hacia la fraternidad viril: el canto revolucionario. Luego, en su refugio de Praga, dice a su compañera: —«Para mí, la alegría, era la música... —Ahora, yo tengo horror a la música», murmura Kassner con el cerebro lleno de las tinieblas del calabozo. Y en «La condition humaine»: «Después que Kyo ha muerto, he descubierto la música. La música sólo puede hablar de la muerte.»

Las observaciones —agudas como balas— se encuentran en la obra de Malraux, precisamente en los momentos más dinámicos: batallas, revueltas, muertes violentas: nada del horror vulgar y sabido a la muerte. Klein cuenta en «Los conquistadores»: «Yo había cogido un cuchillo de caza para estar más seguro... Antes de darle me llevé la mano al pecho: son duros los huesos.» El mismo asco físico, el mismo temor de errar el golpe, encontramos en las primeras y bellas páginas de «La condition humaine», cuando Tchen hincó el puñal en su brazo izquierdo para probar la resistencia que ofrece la carne. Los capítulos de «Le temps du mépris» que reflejan las horas de Kassner en su celda son obsesiones y poderosos.

Después de esta accidentada excursión a través de Malraux, urge buscar otra vez la aguja de marear o, mejor, acabar de una vez. El ejercer ahora una crítica formal —siendo su obra poco conocida entre nosotros— sería demasiado cómodo. Basta hoy con este admirativo testimonio de la obra intensa y sincera de André Malraux.

ANTONIO BLANCA

César M. Arconada: VIVIMOS EN UNA NOCHE OSCURA (Poemas) Publicaciones Izquierda. Madrid-París

Con estas líneas o con escasa posterioridad, verá la luz un nuevo libro de César M. Arconada. El de ahora, un libro de versos: VIVIMOS EN UNA NOCHE OSCURA, tercera salida oficial del poeta Arconada, en oficialidad de uniformada lírica al uso. Aquí un verso, abajo, recortado y paralelo, el otro... Porque de la otra, de lo poético en sustancia, siempre ha tenido su resaca en toda su obra en prosa, novela o ensayo, que resume su labor hasta hoy. Arconada cuenta en su haber de escritor entregado al proletariado, con valiosas realidades, como la de su libro sobre la revolución española, la única obra de nuestra literatura moderna que se enfrenta con el suceso que aún prosigue culminante. Cuando los novelistas jóvenes de España andaban conmocionados y perseguían, llenos de agobios, una definición, el camino del porqué de todas las cosas, Arconada expuso ante su vario sentir de artistas la manifestación, hondamente plástica, de LOS POBRES CONTRA LOS RICOS. Se acabó el torremarfilismo o la duda. Arconada mostró, en la experiencia de su propio proceso, que el escritor no es un ente estático, sino algo ligado a la naturaleza, a los objetos del medio del cual es producto.

VIVIMOS EN UNA NOCHE OSCURA, nace destinado a situación de predominio. Me gusta repetir esta rápida nota crítica. En nuestra lírica moderna, la revolución se ha grabado ancha y profundamente. El frente de la poesía pequeñoburguesa ha sido desgajado de la gracia popular, con sus mejores representantes. Con todo, es aún una poesía que confunde lo subjetivo extremo, la desolación negativa y retórica, con el realismo progresivo. Más rica en neologismos que en contenido. La objetividad en nuestra época es un elemento revolucionario por sí misma. Después de Alberti, los poetas venidos recientemente a nosotros se ceñían, en temores de

iniciación, a un lirismo raramente épico y a veces casi cósmico. Hoy, nuestra poesía ha vencido y nueva en estructura, acercando su contenido al que reclaman las masas, labora ligada, en mayor intimidad que el resto del arte, al actual momento del proceso de nuestra historia.

Arconada es el único novelista nuestro cuya norma y elementos de inspiración, no proceden de las formas históricas de la novela, sino de la poesía. En su libro de ahora, Arconada nos muestra una poesía distinta de la que conocemos, entregada a cantar la épica gloriosa de nuestro tiempo: las situaciones desgarradas, los tipos desclasados, la degeneración moral y todo lo abyecto, en nuestros días de transición, del régimen que sucumbe. El poeta endereza su lírica singular hacia esos tipos de escoria que produce un mundo en transformación y cuyos problemas se plantean con la crudeza de lo definitivo, antes que se halle acabado su producto social hombre.

Lo tétrico, lo humillante, la degeneración del sistema social capitalista, encuentra un exponente de agobio, en haz de imágenes felices, por la pluma de Arconada. El mundo negro y triste del infortunio, la mujer lúgubre, la pobreza, la miseria y el amor nuevo dan el tono, en versos larguísimo o en los octosílabos de TROVA DE LA REBELDIA, a estos poemas de atronador acento, de un acento hondo y muy personal.

Tal vez en la obra de Arconada, sus tipos respondan escasamente a imágenes reales, en lo que éstas encarnan de problemas. Para un escritor revolucionario, la degeneración o lo triste no es partícipe de lo humano, sino una desgracia social. La revolución es una negación total del desencanto, del infortunio. Desde luego, el carácter de trágica pugna de ese estado con el medio ambiente, no puede silenciarse. Querer suprimir la desgracia, no esquivar lo actual de tanta desolación. Una literatura revolucionaria no es una literatura de satisfacciones, alegre, pero si a la literatura revolucionaria debe acompañar con la descripción del infortunio la esperanza posible. De inspirar confianza, seguridad, apuntar el nuevo destino; debe ser, como se ha afirmado, optimista, sin que esto suponga singularidad de sugestión y condiciones.

A pesar de todo, la nueva concepción del mundo y su sentido creador camina unido a la desolación de esa vida melancólica que atraviesa los versos de VIVIMOS EN UNA NOCHE OSCURA. «Porque creo en la Naturaleza, creo en ti, Pueblo», dice el poeta en el último de sus versos. Y por Pueblo entiende Arconada las clases que producen, el proletariado. La revolución española, creciente y vigorosa, ha dado vena a la nueva salida de Arconada poeta, realizada sin singularidad de sugestión y condiciones.

Valencia.

ANTONIO OLIVARES

Lote del Estudiante

La juventud es siempre la primera víctima del fascismo. El obrero en el taller y el estudiante en la Universidad sufren en su carne la brutal garra fascista, el hambre, la guerra, el porvenir sin trabajo, sin pan, sin decoro ni dignidad.

¿Cómo aplastar al fascismo? ¿Cómo hacer imposible su triunfo? ¿Cómo contribuir a la creación de una sociedad nueva, sin explotadores y sin hambre, llena de fe en su juventud y en la vida?

LEED:

Ercoli: «LA LUCHA CONTRA LA GUERRA Y EL FASCISMO» (discurso pronunciado en el VII Congreso de la I. C.)	0'30
G. Dimitroff: LA UNIDAD DE LA CLASE OBRERA EN LA LUCHA CONTRA EL FASCISMO (VII Congreso)	0'20
Stalin: EL CAPITAL MAS PRECIOSO ES EL HOMBRE	0'20
Engels: LUDWIG FEUERBACH Y EL FIN DE LA FILOSOFIA CLASICA ALEMANA	1'—
X. X.: MARX Y LA JUVENTUD	0'40
M. Gorki: ¡EN GUARDIA	4'—
X. X.: LOS HOMBRES DE STALINGRADO	3'—
Stalin: LOS FUNDAMENTOS DEL LENINISMO	1'—
Pechick: MARX, MAESTRO Y JEFE DEL PROLETARIADO De la Parra: EDUCACION SOVIETICA Y DOMESTICACION CAPITALISTA	2'—
Marx-Engels: MANIFIESTO COMUNISTA	040
Marx-Engels: SALARIO, PRECIO Y BENEFICIO	1'—
Marx-Engels: TRABAJO ASALARIADO Y CAPITAL	1'—
Tchemodanov: LAS JUVENTUDES CONTRA EL FASCISMO Y LA GUERRA	050
X. X.: LA JUVENTUD DE LA REVOLUCION	0'40

Pesetas 15'90

Este lote cuyo importe es de 15'90 pesetas puede comprarlo contra reembolso, sellos de correo o giro postal, al precio de DIEZ pesetas

Pedidos a

EL MONITOR BIBLIOGRÁFICO
Apartado 890 **Barcelona**

50
cts.

Franqueo
concertado

Redacción y Administración: APARTADO 526
GIROS: MONTE SINDOS, calle Bañ dels Pavesos, 6, 1.
6 números, 3 pesetas. 12 números, 6 pesetas

**PUBLICADA MENSUAL-
MENTE EN VALENCIA**